



**UNIVERSIDAD DE CHILE FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**“El Espacio de la Negatividad en la Terapia Sistémica Contemporánea: Una
Respuesta a la Hegemonía Positiva”**

**Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Clínica Adultos, Línea
Sistémica Relacional**

Ps. Nicolás Alonso Orrego Cárcamo

Santiago de Chile, 2019

**“El Espacio de la Negatividad en la Terapia Sistémica Contemporánea: Una
Respuesta a la Hegemonía Positiva”**

Resumen:

En el actual trabajo de tesis se busca indagar sobre el lugar que ocupa la negatividad en la teoría sistémica relacional contemporánea, siguiendo las ideas expuestas en bases filosóficas respecto a la influencia de un aparente exceso de positividad, una falta de negatividad en la sociedad actual y la falta de crítica ante la misma. Por otro lado, se busca desarrollar por medio de revisión documental teórica, los conceptos de gubernamentalidad, para comprender cómo ciertas consideraciones de verdad y poder configurar la experiencia del sujeto en sociedad. Por otro lado, se realizará una revisión teórica respecto a los conceptos de positividad, negatividad y sus consideraciones respecto al sujeto, para poner un énfasis en la psicoterapia sistémica contemporánea y su relación con la negatividad. Para esto se estudiarán postulados de la tradición filosófica, que resaltan el concepto de la negatividad y se indagaran tensiones y/o relaciones frente a planteamientos expuestos por la teoría sistémica contemporánea.

Palabras clave: gubernamentalidad, psicopolítica, positividad, negatividad, terapia sistémica contemporanea

*A la flor de loto, al pez koi y a la grulla; mi madre Ana, mi hermano Ignacio y mi
abuela Olivia.*

A Javiera, mi hogar.

Agradecimientos

Agradezco quienes se cruzaron en este camino que fue extenso pero productivo; a mis colegas del magister, el equipo de eQtasis y Viernes; a Rodrigo Morales por iniciar este proceso conmigo y a Felipe Gálvez por retomarlo y terminarlo; a ambos, gracias por las conversaciones y aportes teóricos.

Agradezco mi familia, a mi madre y mi hermano especialmente por el apoyo incondicional.

A mi pareja Javiera, por estar ahí, por motivarme, por creer en mí, por escucharme y aconsejarme.

Finalmente agradezco a todas las personas con quien pude compartir en el contexto de este magister; en constante de/formación, aprendí mucho de todos ustedes.

- BLUEBIRD¹ -

*Hay un pájaro azul en mi corazón que
quiere salir
pero soy demasiado rudo para él,
le digo, quédate ahí dentro, no voy
a permitir que nadie
te vea.*

*Hay un pájaro azul en mi corazón que
quiere salir
pero yo le echo whisky encima e
inhalo
humo de cigarro,
y las putas y los camareros
y los empleados de las tiendas
nunca se dan cuenta
que él está ahí dentro.*

*Hay un pájaro azul en mi corazón que
quiere salir
pero soy demasiado rudo para él,
le digo,
quédate ahí, ¿es que quieres
arruinarme?
¿es que quieres destrozar
mis obras?
¿es que quieres que se hundan las
ventas de mis libros
en Europa?*

*hay un pájaro azul en mi corazón
que quiere salir
pero soy demasiado listo, sólo le dejo
salir
a veces por la noche
cuando todo el mundo duerme.*

*Le digo, ya sé que estás ahí,
no te pongas
triste.*

*Luego lo vuelvo a introducir,
pero él canta un poquito
ahí dentro, no le he dejado
morir del todo
y dormimos juntos
así*

*con nuestro
pacto secreto
y es lo suficientemente bueno
para hacer llorar
a un hombre, pero yo no
lloro,
¿y tú?*

Charles Bukowski (1920-1994)

¹ Traducción de autoría, espaciado intencional

Índice

Introducción	1
Método	2
Capítulo I. Gubernamentalidad, la contextualización	4
La respuesta al <i>impasse</i>	4
Gobierno sobre Estado	7
Gobierno encarnado/cuerpo gobernado	10
CAPITULO II. Psicopolítica y Positividad.....	12
Libertad	12
Política del alma.....	14
Giro hacia la psique	15
Positividad.....	17
Transparencia.....	19
Hiper-realidad	21
Velocidad y des-tiempo.....	22
Luminosidad	24
Resistencia	26
Capitulo III. Negatividad	28
Negatividad y sujeto.....	28
Negación y desesperación.....	29
Alma y dolor.....	32
Vacui.....	33

Contraposición	36
Transparencia / velo	36
Hiper-realidad/seducción	37
Des-tiempo/tiempo contemplativo.....	39
Luminosidad/oscuridad	40
Capítulo IV: Negatividad en la terapia sistémica contemporánea	42
¿Por qué psicoterapia?	43
Terapia sistémica contemporánea	47
Primer orden	48
Segundo orden	49
Terapia sistémica y negatividad	51
Negatividad en Modelo de Milán.....	52
Negatividad en el terapeuta dialógico de Bertrando	56
Negatividad la micropolítica y lo poético de Pakman	59
Negatividad en la sistémica de la Universidad de Chile	61
Conclusión y consideraciones finales	65

Introducción

En el año 1979, durante un curso ofrecido en el College de France, instruida por Michael Foucault, fue introducido el concepto de “bíopolítica” contextualizado como un movimiento surgido desde el siglo XVIII que se centró en racionalizar los problemas propios de los seres humanos concernientes a la salud, higiene, sexualidad, natalidad, longevidad, razas, etc. En esta intención Foucault se percata de que para entender biopolítica, primero se debe conocer las consideraciones que la preceden, la excede y la permiten, por lo que se centra en la tarea de entender la práctica gubernamental (Portales, 2010).

Estos estudios traerán a la luz cómo ciertas asunciones de verdad y poder configurar la experiencia del sujeto de estar en sociedad, considerando todo lo que esto significa.

Actualmente y con el surgimiento de nuevas corrientes filosóficas que toman lo planteado por Foucault, Byung-Chul Han, ha puesto sus esfuerzos en describir en sus distintas obras, los mecanismos y dispositivos de control que existen en la sociedad actual. Respecto a esto, Han (2000) presenta el concepto de “psicopolítica” en respuesta, o dicho de mejor manera agenciando, el concepto de “bíopolítica” expuesto por Foucault.

El área de control de la psicopolítica, a diferencia de la biopolítica de Foucault pasa de la gestión de los cuerpos a la gestión de la psique. Enmarcada en el neoliberalismo la psicopolítica hace mano de tecnologías positivas para asegurar su coacción basada en la producción y rendimiento del sujeto por medio del bombardeo de información y de hiper-comunicación haciendo mano de las tecnologías presentes; estas sean, redes sociales, internet, televisión, propaganda, etc.

Esta sociedad descrita por Han, excesiva en su positividad, de estímulos, comunicación e información, opera bajo los márgenes de una libertad obligada, donde surge una explotación distinta: la autoexplotación, cuyas manifestaciones se expresan como un paradójico sentimiento de libertad.

Ante esto, y acercando la problemática al área de interés, se podría comenzar

a problematizar respecto a cómo los dispositivos de control actual influyen en la salud mental de los sujetos. Los imperativos de positividad y rendimiento y producción ilimitadas, representan tensiones importantes en el sujeto, toda vez que este, al no cumplir con las expectativas y las posibilidades psicopolíticas le otorgan decae en un proceso penitente y auto lesivo y de internalización de la culpa.

Se empieza a vislumbrar entonces una posible influencia del paradigma positivo en los discursos “psi”, que parecen interesantes de observar. Por un lado, se podría investigar la influencia de la sociedad positiva, de rendimiento, cansancio y transparencia y la psicopolítica como agente activo en la salud mental de la población; y, por otro lado, cuestionarse al espacio terapéutico y su rol político ante esta hegemonía como posible reproductor de discursos positivos o como lugar de resistencia a los mismos por medio de la negatividad, y finalmente, y como argumento del desarrollo posterior de esta tesis, la presencia o ausencia de conceptualizaciones vinculadas a la positividad y negatividad en la teoría sistémico relacional y la forma en que estas se posicionan.

Lo que nos lleva a la pregunta ¿Cuál es el lugar de la negatividad en la teoría sistémica relacional?

Método

La presente investigación de carácter teórico, se enmarca dentro del paradigma comprensivo-hermenéutico en tanto corresponde a un “proceso investigativo de carácter descriptivo, comprensivo e interpretativo” (Calventus, J. 2000).

Se trata de una investigación, exploratoria descriptiva, fundamentada desde una metodología de carácter cualitativo, enmarcada epistemológicamente desde la hermenéutica de Gadamer (2005) en tanto se busca comprender el texto desde “una relación en la que consiste tanto la realidad histórica como la realidad de la comprensión histórica”. Con esto, se busca interpretar/comprender el texto entendiendo la presencia de las premisas del investigador/interprete y su relación con el texto.

El método de producción de información será mediante análisis de documentos teóricos. Respecto al corpus textual de la presente investigación, las unidades de estudio servirán como insumos para la delimitación, definición, análisis, tensión y relación de los conceptos anteriormente expuestos, por lo que deberán ser necesariamente atingentes al problema planteado, es por esto que se revisarán textos pertenecientes a corrientes filosóficas y psicológicas que respondan a la delimitación y desarrollo de los conceptos de negatividad y positividad, junto con textos teóricos concernientes a la teoría sistémico relacional. Para esto, se realiza un recorrido contextual desde lo macro y global, a lo micro y local.

Capítulo I. Gubernamentalidad, la contextualización

Se hace necesario comenzar por contextualizar el lugar desde donde se observarán y entenderán los fenómenos a estudiar en esta tesis, para eso, es necesario focalizar la mirada en cómo y qué situaciones facilitan el enraizamiento de ciertas formas de “ser en sociedad”, estos son; los discursos de verdad/poder y el contexto en el que estos surgen, teniendo como resultado la coacción de la población,

En ese sentido, el concepto de *gubernamentalidad* desarrollado por Michel Foucault, primero durante *Seguridad, territorio y población* (1978) y luego en *El nacimiento de la biopolítica* (1979) junto con sus estudios respecto a las formas de gobierno liberales y neoliberales servirán como instrumento de inteligibilidad para vislumbrar dichos fenómenos. Para esto, es preciso realizar una especie de – breve - genealogía de dicho concepto que permita un acercamiento hacia comprender la teoría gubernamental de Foucault. Con esto, se centrará la mirada en comprender cómo ciertas tecnologías, discursos, dispositivos y relaciones operan como una especie de “invernadero” que favorecerá el desarrollo de las condiciones necesarias para el establecimiento de la actual forma de gobierno en donde se gesta la inquietud, la pregunta de investigación y la necesidad de resistencia de vuestro autor.

La respuesta al *impasse*

Es importante comenzar por conocer desde donde se gesta el concepto de gubernamentalidad, entendiendo que, para Foucault aparece como una inquietud, una respuesta y una necesidad ante cuestionamientos propios y externos, los cuales se desarrollaran en este apartado.

Es ampliamente conocido y debatido como los estudios genealógicos del historiador respecto a las sociedades y como se gobiernan, se centran fuertemente en el “poder”; la manera en que las relaciones de poder ejercían un

dominio coercitivo dentro de la conducta de la población describiendo dispositivos y tecnologías que estaban al servicio del mismo. En ese sentido, una de las grandes críticas que se le adjudican a las primeras investigaciones de Foucault, tienen que ver con lo totalitario de esta postura, lo omnipresente de su analítica de poder y la imposibilidad de una real resistencia.

Las críticas apuntaban principalmente a que si no hay nada fuera del poder la resistencia solo puede darse *en* el poder y no contra el mismo, incurriendo en una relación “tautológica” (Lévy en Castro-Gómez, 2010: 24). Es en este contrasentido donde parece no haber escapatoria a la guerra permanente de dominaciones y resistencias, donde se encuentra – entre otros factores ajenos al tópico – la génesis de lo que Deleuze (2006: 135-136) en una entrevista realizada en 1986 llama el *impasse teórico* por el que Foucault guarda silencio durante un año luego de sus dos libros sobre el poder, *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber*. En esta entrevista Deleuze explica cómo las obras de Foucault recibían importantes críticas por algunos círculos izquierdistas en Francia, tachando sus escritos como “anestésicos” para los sectores que luchan contra la dominación, donde se les confronta con un poder sin fisuras, implacable, del cual “nada ni nadie puede sustraerse” (Castro-Gómez, 2010: 21).

Se presenta entonces la encrucijada, ya que, toda vez que el poder como la resistencia sean manifestaciones del mismo poder omnipresente, el oponerse a la dominación no presentaría un ejercicio cualitativamente distinto a la dominación misma. Todo se reduciría, finalmente, a formas igualmente dependientes del poder (Castro-Gómez, 2010: 24-25).

Según Castro-Gómez (2010: 22-24), en sus lecciones de los años 70 Foucault explica cómo sus últimas investigaciones genealógicas se habían inscrito en un modelo de análisis de poder al que llama “esquema de lucha y represión”, afirmando que este modelo debe ser reconsiderado, pues la noción de enfrentamiento agonístico de fuerzas, o el “modelo bélico” de análisis, resulta insuficiente para comprender las relaciones poder. Hasta ese entonces, la analítica del poder del historiador poseería solo dos dimensiones: el poder y el saber; donde

la subjetivación de la población era interpretada únicamente como resultado y consecuencia de las relaciones de poder, por tanto, ser “sujeto” equivaldría única e irreversiblemente a estar *sujetado* tanto a disciplinas corporales², como a verdades científicamente comprobables.

Para Deleuze (Castro-Gómez, 2010: 25) Foucault “tiene necesidad de una tercera dimensión porque tiene la impresión de haber quedado encerrado en las relaciones de poder”, esta tercera dimensión se refiere precisamente a que la subjetividad debe instalarse como una variable relativamente independiente, no reducible simplemente al saber ni al poder, ni a la relación entre estados dos dimensiones, esto con la finalidad de escapar de la tautología poder-saber otorgándole al sujeto un espacio de movimiento independiente.

Foucault se acerca entonces a concentrar sus estudios en las articulaciones que se dan entre tres dimensiones irreductibles unas a otras: el poder, el saber y la subjetividad. Esto implica que las formas de conocer y los procesos de subjetivación dejan de observarse como meros accesorios del poder, sino como “posibles espacios de libertad y resistencia a la dominación” (Castro-Gómez, 2010: 26). De este modo, el teórico comienza a distanciarse del modelo bélico que hasta ese entonces le había servido como “grilla de inteligibilidad” (Ibíd.) en su analítica del poder, respondiendo a las críticas realizadas a mediados de 1970:

“Es posible una resistencia a la dominación que no es simplemente la fuerza contraria de ese mismo poder frente al que lucha”.

Aparece entonces el concepto de gubernamentalidad como nueva “grilla de inteligibilidad” (Castro-Gómez, 2010: 26-27), entendiendo este último como “el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque

² Cabe destacar que, el concepto de *gubernamentalidad* surge durante la lección de Foucault titulada *el nacimiento de la biopolítica* realizada en Río de Janeiro el año 1978, en ese sentido, el historiador busca desarrollar el concepto – ya antes utilizado – de *biopolítica*. Sin embargo, se ve tentado a contextualizar y comprender las condiciones en que el *control del cuerpo* toma lugar por lo que termina destinando su curso a una “analítica de la gubernamentalidad”.

muy compleja de poder que tiene por blanco principal la población” (Foucault, 2006: 136).

Una vez establecido esto, existe un cambio importante respecto a la visión de Foucault hacia las relaciones de poder, en ese sentido, el francés ya no verá las relaciones únicamente marcadas por la dominación, sino, también como un “juego de acciones sobre acciones” (Foucault, 2001: 253). Dicho de otra forma: una cosa son las relaciones de poder y otra muy distinta son los “estados de dominación” (Castro-Gómez, 2010: 27) caracterizados en el anterior modelo soberano. La diferencia radica en que, por tratarse de un *juego de acciones sobre acciones*, las relaciones de poder son reversibles, mientras que en los estados de dominación impera el ejercicio de la violencia, imposibilitando los juegos de libertades. Se desarrolla esto, ya que, una vez que se establece el concepto de libertad, como constitutivo de las relaciones de poder –diferenciándolas de los estados de dominación– es que aparece la posibilidad de un punto de fuga en respuesta hacia las críticas que, hasta ese entonces, se le habían realizado a Foucault respecto a lo tautológico de su analítica del poder. Y es que precisamente el análisis de las reglas de estos *juegos de libertades* o de *acciones sobre acciones* lo que conecta el trabajo de Foucault sobre la gubernamentalidad con sus investigaciones anteriores (Castro-Gómez, 2010: 27).

Gobierno sobre Estado

Una vez que se observa el concepto de gubernamentalidad como respuesta al impasse teórico el cual se le criticaba al *primer* Foucault; entendiendo que el poder ya no es observado desde el modelo bélico, sino como un juego de acciones sobre acciones, donde el sujeto toma protagonismo debido a la libertad, y por lo tanto, posibilidad de resistencia que tiene, es que Foucault pasa a observar las condiciones en las que surgen dichos juegos.

Es así como los estudios de los *gobiernos* y las condiciones en que surgen las relaciones de poder llevan a Foucault a observar el modelo liberal y neoliberal, donde se observa una distinción respecto al anterior poder soberano.

Una vez que Foucault centra su mirada en el trabajo genealógico de la gubernamentalidad, se hace necesario ir a observar el *lugar* en el que se traduce todo lo mencionado anteriormente: El Estado.

A pesar de que existe una inicial resistencia de Foucault a observar el estado, habiendo criticado al movimiento marxista por centrarse fuertemente en él y centrando sus anteriores trabajos en analizar principalmente las relaciones de poder que atraviesan la sociedad, negando que el poder estaría concentrado en alguna institución en particular (Castro-Gómez, 2010: 10), su nuevo paradigma lo obliga a observar al Estado. Sin embargo, el posicionamiento del filósofo ante el objeto de estudio fue la de comprender las condiciones que le precedían. En ese sentido, no mostraría interés en desarrollar una “teoría del estado”, sino buscaría *simplemente* mostrar el modo en que el estado moderno emerge como consecuencia de la articulación entre diferentes tecnologías de gestión de la conducta. Denominado por Foucault como “gubernamentalización del estado”, centrará su interés en los “procesos de estatalización”, observando al estado no como una institución autónoma y dotada de una racionalidad propia, sino como el espacio inestable por donde se cruzan diferentes “tecnologías de gobierno”: “El estado es una *praxis* hecha posible a partir de fuerzas que le son externas, y cuya genealogía es la tarea que se impone una “historia de la gubernamentalidad”” (Castro-Gómez, 2010: 10-11). En este sentido, las tecnologías gubernamentales anteceden y configuran al estado, siendo el último el lugar de codificación de las primeras. Desde este enfoque, se hace posible afirmar que los procesos gubernamentales exceden al estado.

Realizada esta salvedad, se hace la distinción entre una posible “teoría de gobierno” y una “analítica de la gubernamentalidad”, Castro-Gómez (2010: 45) contrasta:

- Teoría de gobierno: “Estado como actor unitario, dotado de un conjunto de instituciones o “aparatos” que sirven como asiento y base del gobierno”.
- Analítica de la gubernamentalidad: “Estado no como unidad sino como

multiplicidad de prácticas dotadas de racionalidades particulares”.

Es en este sentido donde recae la finalidad de la analítica de la gubernamentalidad: observar estas prácticas y racionalidades particulares que tienen como objeto el Estado y la población. Así, el mismo Foucault (2006: 140) se pregunta la necesidad de estudiar algo tan intangible y oscuro como es la gubernamentalidad por sobre lo concreto y luminoso que podría ser la institución del Estado. La respuesta a esa interrogante es justamente el *desinstitucionalizar*³. Foucault (2006: 140-144) explica tres formas para “pasar al exterior” respecto a las instituciones, la primera tiene que ver con pasar al exterior de la institución, descentrarse, ergo, “salir de la institución para sustituirla por el punto de vista global de la tecnología del poder”; la segunda tiene que ver con respecto a la función, se plantea la necesidad de sustituir el punto de vista interior de la función por el punto de vista exterior de las estrategias y tácticas, por último, la tercera forma de descentramiento se da con respecto al objeto, el movimiento constituye en alejarse de la idea del objeto prefabricado que otorgaban las instituciones, acercándose a captar el movimiento por el cual se constituía, a través de tecnologías, el objeto.

Esto con la finalidad de:

Extraer las relaciones poder de la institución, para analizarlas [desde la perspectiva] de las tecnologías, extraerlas también de la función para retomarlas en un análisis estratégico y liberarlas del privilegio del objeto para intentar resituirlas desde el punto de vista de la constitución de los campos, dominios y objetos de saber. (Foucault, 2006: 144-145)

Efectuar este movimiento y considerando al Estado como una institución es la tarea que se propone el teórico durante su curso *Seguridad, Territorio y Población*, y constituye la razón por la que se hablará de gubernamentalidad por

³ Es importante recordar que los estudios del teórico se centraban fuertemente en las instituciones: hospital psiquiátrico, prisión, ejército. Con esto Foucault (2006: 140-141) explica que la necesidad de ir a observar estas instituciones tiene que ver directamente con la necesidad de *extrapolarlas* entendiendo bajo qué necesidad surgen, bajo qué tecnología de poder.

sobre Estado, ya que, en definitiva, los conceptos que se observarán a lo largo de esta tesis se conforman de instituciones, procedimientos, discursos de verdad, tecnologías y dispositivos, que exceden, de todas maneras, al Estado.

Gobierno encarnado/cuerpo gobernado

Una vez que es internalizada la idea de que se hablará de gubernamentalidad o procesos gubernamentales por sobre Estado, es que podemos comprender cómo los conceptos que se observarán no se centran únicamente en un Estado en particular, ni tienen que ver precisamente, en términos más coloquiales, con un *gobierno de turno*, sino, en conceptualizaciones e ideas intangibles que exceden al Estado y que se traducen como discursos de poder y verdad de manera más concreta en él, validados en un modelo económico particular, específicamente occidental.

Ahora, parece necesario integrar de manera paulatina lo que llamaré formas de gubernamentalidad, para vislumbrar de mejor modo la manera en que estos discursos de verdad y poder operan.

Siguiendo el orden natural de las cosas, para llegar a la *psicopolítica* de Han, se hace necesario hablar de la *biopolítica* de Foucault, toda vez que el primero viene a agenciar al segundo.

Como ya se ha mencionado, Foucault continúa desarrollando el concepto de gubernamentalidad en su curso *el nacimiento de la biopolítica* (1979) cuyo primer objetivo era desplegar de manera más profunda el concepto de *biopolítica* o *biopoder*. Sin embargo, Foucault realiza una salvedad importante al inicio de este curso: para hablar de biopolítica se hace necesario comprender el “régimen del liberalismo” (Foucault, 2007: 41), entendiendo este último cómo el “régimen de verdad” que se relacionaría con un objeto y sujeto específico: la población y la razón gubernamental (Salinas, 2014: 47-48).

Es así como para Foucault, una vez que se instala el liberalismo contemporáneo como foco de estudio, el régimen de soberanía o estado soberano es agenciado por el régimen biopolítico, donde “la vida misma se sitúa en el centro

de cualquier procedimiento político” (Esposito, 2006: 26). En este sentido podemos entender a la biopolítica como la oposición al paradigma soberano.

La diferencia u oposición entre ambos regímenes consiste básicamente en que en el régimen de soberanía la vida está por completo en manos del soberano, quien por lo demás, tiene el poder sobre la misma. La gestión de la vida por parte del soberano está bajo las necesidades del mismo, el soberano puede “apropiarse de las fuerzas vitales del súbdito” y gestionarlas como le parezca conveniente, esto es bajo la fórmula “hacer morir, dejar vivir” (Castro-Gómez, 2010: 56).

En contraposición, a partir del siglo XVIII “la vida se instala en el centro de la política estatal y ya no depende de una decisión personal del soberano”. En ese sentido, la gestión de la vida ya no se basa en la sustracción de la misma bajo la voluntad del soberano, sino, en producirla y potenciarla. Se gestiona entonces la potenciación de la vida con la finalidad de hacerla más productiva, eficiente, segura y regulada, esto es, dentro del marco económico liberal. Esta fórmula es la que Foucault caracteriza como “hacer vivir, dejar morir” (Castro-Gómez, 2010: 56).

Dicho esto, “ya no es posible otra política que una política de la vida”, donde *biopolítica* se entendería como una “política en nombre de la vida” donde esta vida está “sometida al mando de la política” (Esposito, 2006: 26). Se vislumbra entonces, cómo en concordancia a ciertos modelos económicos se sedimentan discursos de poder y verdad, esto, sin establecer cuál determina al otro, ya que, en términos gubernamentales, ambos preceden y condicionan al Estado.

CAPITULO II. Psicopolítica y Positividad

El recorrido anterior se hace necesario para comprender cómo es que formas de gubernamentalidad se insertan y conducen nuestra manera de *estar* en sociedad, en este sentido, declarar un posicionamiento desde donde *observar* el fenómeno de estudio nos ayuda a situarnos para realizar un acercamiento hermenéutico adecuado. Sin embargo, la función de este recorrido es sedimentar un punto de partida del cual se puedan contextualizar dichas conceptualizaciones a la época actual, esto es, liberalismo tardío. Para esto, se profundizará en el autor Byung-Chul Han, quien, en su trabajo de observar la época actual y sus formas de coerción se acerca al concepto de psicopolítica, el cual –a juicio del tesista– vendría a agenciar el trabajo gubernamental de Foucault, más específicamente su concepto de biopolítica.

Libertad

Existe un concepto que confluye en ambos autores. Por un lado, los estudios de Foucault respecto al liberalismo y neoliberalismo en la “historia de la gubernamentalidad”, para Castro-Gómez (2010: 12), sirven como “bosquejos preliminares” para entender el modo en que la libertad forma parte de una “tecnología de conducción de la conducta”. Donde, a diferencia del poder soberano en el cual se domina a otros por la fuerza, el poder gubernamental busca dirigir la conducta de la sociedad de un modo eficaz y con su consentimiento, lo cual presupone necesariamente la libertad – o la experiencia de libertad - de aquellos que deben ser gobernados, aun cuando los objetivos de su conducta sean *impuestos* por otros.

Por otro lado, Byung-Chul Han (2014c: 16) sostendrá cómo esta *ilusión de libertad o libertad paradójica* funciona como dispositivo de coerción implícito en la sociedad actual del rendimiento neoliberal, donde el “entramado de dominación le queda totalmente oculto” al sujeto quien, por consecuencia, se presume libre.

El autor (2012: 17-20) explica cómo el sujeto está “libre de un dominio externo que lo obligue a trabajar o incluso lo explote”, a diferencia de las antiguas sociedades disciplinarias, catalogándolo como “dueño y soberano de sí mismo”. Sin embargo, hace alusión a que esta “supresión de un dominio externo” no significa necesariamente una libertad, más bien todo lo contrario, toda vez que existe un imperativo del verbo “poder” – como ilusión de posibilidad– por sobre el imperativo del verbo “deber” de las sociedades predecesoras, siendo el verbo “poder” más efectivo en su coercitividad. Esto último se explica por medio de la ilusión de logro y posibilidad ilimitada de la sociedad actual, donde el sujeto se *obliga a sí mismo* a producir o rendir también de manera *ilimitada* provocando en él una autoexplotación excesiva. De aquí viene la principal razón por la que Han llamará a la época actual “la sociedad del cansancio” (Han, 2012).

Así, el “sujeto de rendimiento se abandona a la *libertad obligada* o a la *libre obligación* de maximizar el rendimiento”, siendo “víctima y verdugo” de su “autoexplotación” (Han, 2012: 20). Estamos entonces ante una forma de poder que no “niega o somete a la libertad, sino que la explota”, que se “alimenta de la *libertad*” (Han, 2014c: 17). Esta psicopolítica al que cataloga como “poder inteligente” se ajusta a la psique del sujeto en vez de “disciplinarla y someterla a coacciones y prohibiciones” como las previas tecnologías de poder. Este poder inteligente, se conceptualiza así por su capacidad de leer y evaluar los pensamientos del sujeto, apostando por la dominación voluntaria. Así, la dominación no requiere de gran esfuerzo, no supera ninguna resistencia, ya que este poder no es *vivido* como subyugación gracias a la llamada *libertad*. Esta *libertad* se traduce en la psicopolítica como *ilusión* de posibilidad ilimitada; de acción, comunicación, adquisición e información, esta psicopolítica no “impone ningún silencio”, sino exige, en contraposición, “compartir, participar, comunicar nuestra opiniones, necesidades, deseos y preferencias”. Justamente su efectividad radica en que esta técnica, como se explica previamente, explota la libertad para fines productivos, donde “se elimina la decisión libre en favor de la libre elección entre distintas ofertas” (Han, 2014c: 17).

Política del alma

Ahora que se ha observado como la psicopolítica opera como método de coerción y cómo hace mano de la *libertad* para pasar desapercibida en la experiencia del sujeto, es que podemos centrarnos en cómo es que esta –y bajo qué necesidad–, se inserta en la *psique* del mismo.

Para hacer el contraste, si hablamos de biopolítica como una forma de gubernamentalidad que encuentra en el cuerpo su territorio de gestión, la psicopolítica expuesta por Han (2014c) en la época actual aboga a la *psique* como territorio de gestión por medio de tecnologías –o psicotecnologías– gubernamentales: “El neoliberalismo como una nueva forma de evolución, incluso como una forma de mutación del capitalismo, no se ocupa primeramente de lo “biológico, somático, corporal”. Por el contrario, descubre la *psique* como fuerza reproductiva” (22-23).

Neoliberalismo como modelo económico psicopolítico imperante. La importancia de esto radica en que para Han, la finalidad de todo mecanismo psicopolítico va directamente relacionado a dos conceptos: producción y rendimiento.

En este sentido la psicopolítica del modelo neoliberal se centra fuertemente en la producción y la comercialización como finalidad gubernamental. Esta idea comulga con lo expuesto por Foucault al comenzar a estudiar los modelos económicos liberales, pues, resulta que toda vez que el libre-mercado se posiciona como modelo Occidental, surgen – o se validan – técnicas gubernamentales a favor de la producción del sujeto; en el caso de la biopolítica, tenemos la gestión del cuerpo y la vida del sujeto en post de una alza productiva/económica, mientras que en el caso de la psicopolítica se presenta la *psique*: la mente y el alma como lugar de coerción para asegurar una *auto* explotación por parte del sujeto, asegurando, de manera más efectiva, un alza de producción. La necesidad de este *giro hacia la psique* radica en que, hoy en día, la producción se centra en objetos intangibles, por

lo que se hace necesario optimizar procesos psíquicos y mentales para incrementar la productividad.

Para esto, esta forma de gubernamentalidad que es la psicopolítica hace mano de diferentes dispositivos, técnicas y discursos de verdad para entrar en la *psique* del sujeto, asegurando que el mismo se entregue de manera *voluntaria* al entramado de dominación. Para esto, la psicopolítica basa gran parte de su poder coercitivo en el verbo modal “poder” –refiriéndose a posibilidad de acción– el cual se contrapone al verbo modal “deber” característico de la sociedad disciplinar (Han 2012: 19).

A diferencia del verbo “deber”, el cual tendría un límite en su eficacia, el vocablo “poder” llama directamente a la motivación, iniciativa, y al proyecto. Se presenta más en concordancia a la productividad actual que el látigo y el mandato del verbo “deber”, ya que no sería necesariamente vivida como amenaza, orden o coerción e invitaría al sujeto a auto-gestionarse.

Es basado en esto que, para Han la psicopolítica neoliberal se muestra más efectiva que la biopolítica de Foucault, ya que esta escapa de toda visibilidad, se encuentra implícita.

Giro hacia la psique

Sobre este tema, Han (2014c) se enfrenta ante el concepto de *biopolítica* de Foucault, insertando la duda ante la efectividad de esta técnica de poder en la sociedad actual:

El poder disciplinario descubre a la “población como una masa de producción y de reproducción que ha de administrar meticulosamente. De ella se ocupa la biopolítica. La reproducción de las tasas de natalidad y mortalidad, el nivel de la salud, las esperanzas de vida se convierten en objeto de controles reguladores. Foucault habla expresamente de la “biopolítica de la población”. La biopolítica es la forma de gobierno de la sociedad disciplinaria. Pero es totalmente inadecuada para el régimen neoliberal que explota principalmente la psique. La biopolítica que sirve de la estadística de la población no tiene ningún acceso psíquico. No provee ningún material para

el psicoprograma de la población. La demografía no es una psicografía. No explora la psique. (Han, 2014c: 21).

Para Han (2014c: 23) el “cuerpo dócil” de Foucault, ya no tiene lugar en el proceso productivo del mundo neoliberal, ya que el “giro a la psique”, a la psicopolítica, estaría directamente relacionado con “la forma de producción del capitalismo actual, puesto que este último está determinado por formas de producción inmateriales e incorpóreas. No se producen objetos físicos, sino objetos no-físicos como informaciones y programas”.

Cabe destacar que el ensayista aboga a un componente temporal respecto a su crítica hacia el pensamiento del francés, parafraseando a Agamben: “La muerte impidió a Foucault desarrollar todas las implicaciones del concepto de bio-política y también mostrar en qué sentido habría podido profundizar posteriormente la investigación sobre ella” (Han, 2014c: 22), puntualizando que, quizás, el deceso temprano privó a Foucault de realizar el giro hacia la psicopolítica, el cual habría sido necesario en su pensamiento gubernamental para describir la sociedad neoliberal.

Han explica: “El censo demográfico, que representa una praxis biopolítica de la sociedad disciplinaria, provee un material explotable demográficamente, pero no psicológicamente” (Han, 2014c: 50). Para el autor, el “psicopoder” se presenta como una progresión de la biopolítica, lo que no significa que esta desaparece como forma gubernamental, sino que viene a representar mecanismos de control más especializados acordes a la sociedad actual y sus condiciones. El psicopoder sería entonces “más eficiente que el biopoder, por cuanto vigila, controla y mueve a los hombres no desde fuera sino desde dentro.” (Han, 2014: 81), en ese sentido, la eficacia de la psicopolítica reside en su poder “predictivo” del sujeto, ya que esta sería “capaz de llegar a procesos psíquicos de manera prospectiva” siendo quizá “mucho más rápida que la voluntad libre” (Han, 2014c: 50).

Parece ser entonces que se hace necesaria una nueva forma gubernamental que se base en mecanismos y tecnologías de control intangibles para asegurar un

alza productiva de objetos también intangibles. Estos supuestos se basan en la forma en que justamente lo *intangible* toma protagonismo en la sociedad actual, toda vez que la comunicación, información, comunidades, redes, comercio y/o publicidad se encuentran –en su mayoría– en un plano *no físico*, se habla de internet, televisión, redes sociales, bolsa de acciones, etc.

Es siguiendo esta línea en que para Han la molecularidad del cuerpo biopolítico deja de tener la eficacia de las sociedades anteriores y lo inmaterial de la psique comienza a tomar protagonismo.

Positividad

Una vez recorrido lo anterior, se hace de vital importancia demarcar un común denominador que se observa a lo largo de la psicopolítica de Han, que viene a sostener su teoría como una forma gubernamental y a fundar la inquietud para la realización de esta investigación. Este común denominador será definido como un dispositivo gubernamental, toda vez que este sea entendido como un conjunto heterogéneo que incluya discursos, instituciones, leyes y proposiciones filosóficas dotados de una función estratégica concreta inscrita siempre en una relación de poder (Agamben, 2011: 246) y será observado como un todo y diseccionado en algunos de sus conceptos e imperativos claves. Este dispositivo es la positividad.

Si bien es cierto, el autor no ha llegado a definir de manera concreta este concepto, se observa como el dispositivo psicopolítico por excelencia a lo largo de su obra, explicando que, la sociedad actual se encuentra frente a un exceso de positividad, en sus diferentes expresiones y, por ende, ante un menoscabo de negatividad. Esto último es clave ya que constituye la pregunta de investigación.

Han describe cómo el poder adquiere una forma cada vez más permisiva, en contraposición al poder disciplinario. El poder propio del neoliberalismo, de manera incluso amable, depone su negatividad adquiriendo una forma sutil y flexible que, como ya se ha establecido, se escapa de la vista del sujeto quien es *inconsciente* de su sometimiento. El poder positivo de la psicopolítica busca activar, motivar y

optimizar a favor de una producción neoliberal, en lugar de castigar y obstaculizar como las previas formas de poder (Han, 2014c: 16).

Se presenta como un poder afirmativo, rebotante de brillo y cercanía;

La psicopolítica neoliberal está dominada por la positividad. En lugar de operar con amenazas, opera con estímulos positivos. No emplea la “medicina amarga”, sino el me gusta. Lisonjea al alma en lugar de sacudirla y paralizarla mediante shocks. La cautiva en lugar de oponerse a ella. Le toma la delantera. Con mucha atención toma nota de los anhelos, las necesidades y los deseos, en lugar de “desimpregnarlos. (Han, 2014c: 31-32).

La positividad de la psicopolítica neoliberal se muestra amable, *cuida* que el sujeto se someta por sí mismo al entramado de dominación, “se esfuerza en generar emociones positivas” para luego explotarlas a favor de la producción (Han, 2014c: 17). Se presenta como pulcra, lisa e impecable ya que no ofrece ningún tipo de resistencia y se muestra incapaz de dañar, pero, al mismo tiempo no tolera ningún tipo de extrañeza, alteridad u otredad. (Han, 2015c).

Positividad en dominio de la psicopolítica neoliberal. Este poder, esta forma gubernamental que explota las emociones positivas del sujeto, busca agradar en lugar de castigar y se presenta como “prospectiva, permisiva y proyectiva” en lugar de “prohibitoria, protectora o represiva” (Han, 2014c: 34).

A modo de ejemplificación, y haciendo uso de términos feministas, la psicopolítica positiva pactaría con el rol *mariano* de la madre patriarcal; ella sabe lo que el sujeto necesita mejor que nadie, lo cuida y constriñe según sus cánones de normalidad, bajo un manto amoroso de *sobreprotección* y cuidado evita que el sujeto sufra cualquier tipo de emoción negativa que pudiese evitar su funcionalidad y lo conduce hacia sus objetivos.

Para lograr esta finalidad, esta positividad, como dispositivo psicopolítico, se manifiesta en distintos ámbitos de relación del sujeto, buscando enraizar en la sociedad determinados discursos de verdad; aparece entonces la positividad en otros dispositivos psicopolíticos. Positividad como imperativos de *transparencia*, *hiper-realidad*, *des-tiempo*, y finalmente lo que conceptualizaré como *luminosidad*.

Transparencia

No existe otro lema más poderoso que domine el discurso público hoy en día como el de la transparencia. Esta se demanda de manera efusiva, especialmente en relación a la *libertad* de información (Han, 2013: 11). La información hoy se posiciona como una necesidad, donde *casi* todo se encuentra a la mano de quien lo solicita, las redes sociales y comunicacionales mantienen un flujo de información que avanza de manera vertiginosa y que, al parecer, sólo se mueve hacia adelante. Para Han (2013: 11) la exigencia transversal de transparencia que aumenta hasta convertirla en un fetiche y totalizarla, se remonta a un “cambio de paradigma que no puede reducirse al ámbito de la política y de la economía”, la transparencia se presenta como un dispositivo psicopolítico gubernamental.

Es en este sentido, en la psicopolítica de lo intangible donde lo digital se posiciona como un eje fundamental de la sociedad, la era digital abre las puertas hacia nuevas formas de relacionarse, de conocer y de *estar* en el mundo., explotando su efecto socializador, informador y *deformador*. Sin embargo, este ente se potencia al mismo tiempo como ente controlador debido a que esta ilusión de comunicación e información ilimitada se presentan como una efectiva forma de control y vigilancia donde los sujetos se exponen a *lo público* de manera voluntaria (Han, 2014c: 11).

Debido a la sobre-exposición por medio de las populares redes sociales; la intimidad, datos personales, ubicación, gustos y afecciones de los sujetos se presentan a libro abierto. Para Han las redes sociales se posicionan como fundadoras de lo que llama “panóptico digital”, el cual aparece como una especialización del panóptico disciplinario foucaultiano (1980), donde los sujetos se “desnudan” y se “comunican intensamente” por su propia voluntad mostrándose ante la sociedad bajo la premisa de que “la transparencia hace sospechoso todo lo que no se somete a la visibilidad” (Han, 2014c: 12-13).

Para el autor la transparencia se presenta como una “coacción” sistémica a la cual se ven sometidos todos los procesos sociales con la finalidad de hacerlos

“operacionales y acelerarlos”. La transparencia viene a “estabilizar” el sistema volviendo todo “hacia el exterior para convertirlo en información” garantizando una mayor productividad, aceleración y crecimiento. Esta coacción potencia la velocidad de la comunicación y de la información mientras anula la negatividad de lo “otro o lo extraño”, que vendrían a perturbar y retardar la comunicación de lo igual, transformando esta última en una diferencia o diversidad comunicable o consumible, convirtiendo a la sociedad en una “sociedad uniformada” (Han, 2013: 12) (Han 2014c: 12).

Para la transparencia psicopolítica la información es su finalidad; una vez que todo es información la comunicación se acelera, por lo tanto, la producción se incrementa y el tiempo se maximiza. Por otro lado, la información se transforma en datos, los cuales resultan fuente de coacción para la población. Como credo cultural del “dataísmo” (Han, 2014c: 46) de las sociedades neoliberales resulta que “todo lo medible debe ser medido” ya que los datos “son lentes transparentes y fiables que nos permiten filtrar todo emocionalismo e ideología” (Han, 2014c: 46) se presentan como *objetivos* y *concretos*, minimizando al sujeto en dato, puesto que el dato es más transparente que la persona (Han, 2014c: 14), ya que “el hombre ni siquiera para sí mismo es transparente” (Han, 2013: 15).

El dataísmo entonces se transforma en un pseudo absoluto; “Si todo ha de ser visible, las desviaciones apenas son posibles”. De la transparencia surge una coacción a la conformidad que elimina lo ajeno, lo excepcional, toda posible variación, se da paso a un “infierno de lo igual” exento de cualquier ejercicio negativo. Es así como el imperativo de la transparencia elimina toda “falta de visión y todo hueco informativo”, transformando las cosas y a los sujetos en información y datos, dejando todo en el plano de lo visible. (Han, 2017: 64).

Así, la transparencia demanda que desaparezcan “todos los espacios de retirada y protección” que significarían un ejercicio negativo de distanciamiento, lo que encarna un acercamiento hasta una proximidad amenazadora. Para la transparencia de la era digital la *distancia* se desvirtúa, ya que “todo está igual de cerca e igual de lejos” (Han, 2017: 17, 64), por lo que la “retirada” fuera de la

exposición transparente se invalida públicamente.

En este sentido, las cosas solo alcanzan la transparencia cuando abandonan toda negatividad, cuando, despojadas de toda singularidad aparecen insípidas por completo frente –y cercano– al ojo observador.

Hiper-realidad

El exceso de positividad, de transparencia, la falta de distancia y retirada convergen en un acercamiento peligroso del sujeto en relación a su entorno, en ese sentido, una de las maneras psicopolíticas de representación de la realidad es crear una ilusión del mundo “más real que lo real” (Baudrillard, 1991: 8) donde las cosas se presentan puramente positivas, transparentes, inmediatas, “pornográficas”.

La hiper-realidad, *más real que lo real*, se califica entonces pornográfica. La pornografía es el “contacto inmediato entre la imagen y el ojo” (Han, 2013: 11). La cercanía meramente positiva de la imagen y el ojo está exenta de toda negatividad de contemplación, el porno “grafica, prostituye la imagen; la encuadra, la enfoca, la amplifica”, se sobrepone a la dimensión de lo secreto y a la dimensión de la distancia (Morales, 2016: 5), se presenta como “obsceno⁴” más que “seductor” (Baudrillard, 1991).

Sin embargo, la realidad que se presenta, nombrada pornográfica por su hiper-realidad, adscribe a un modelo económico neoliberal que se muestra justamente de la misma manera: “pura posibilidad de goce hiperreal” (Morales, 2016: 6), esto es, pura positividad.

Morales (2016: 6) define al régimen neoliberal como el sistema “absolutamente porno” el cual profundiza una obscenidad que “no se agota en el aseguramiento del capital, sino, en la garantía de su exceso”. En su potencial de

⁴ “Todo lo que se impone por su presencia objetiva, es decir abyecta, todo lo que ya no posee el secreto ni la ligereza de la ausencia, todo lo que, como el cuerpo en putrefacción, está entregado a la única operación material de su descomposición, todo lo que, sin ilusión posible, está entregado a la única operación de lo real, todo lo que, sin máscara, sin maquillaje y sin rostro, está entregado a la operación pura del sexo o de la muerte, todo esto puede ser denominado obsceno y pornográfico.” (Baudrillard, 1991: 55). Para el autor el concepto de “obsceno” se presenta como “superfluo”.

posibilidad ilimitada, “el capitalismo agudiza el proceso pornográfico de la sociedad en cuanto lo expone todo como mercancía y lo entrega a la hiper-visibilidad” (Han, 2013: 51). Exhibido y entregado como mercancía se presenta como obscena y pornográfica carente de misterio y de expresión, reducida únicamente a su “estar expuesta” (Han, 2014b: 27).

Para Han la hiper-realidad transparente –ausente de negatividad y rica en excesos– no admite ninguna tensión narrativa, ni dramatismo, puesto que esto vendría a atentar contra todo dispositivo positivo, ya que, entorpecería el proceso transparente de comunicación e información, y sometería al sujeto a contemplaciones, distancias y cuestionamientos que significarían un proceso reflexivo obstaculizador entre la imagen y el ojo. Así, la realidad se presenta desnuda a la devoración inmediata del sujeto con la finalidad de ser *re*-producida, vendida, absorbida y despojada de cualquier tipo singularidad para ser expresada completamente en la dimensión del precio.

La problemática ocurre en la cercanía de la representación, pero en la lejanía de la significación; la realidad pornográfica que se ostenta *más real que lo real*, nunca podrá ser *realmente* alcanzada, ni satisfecha. La hiper-realidad positiva de la psicopolítica neoliberal más real que lo real, más verdadera que la verdad, es meramente obscenidad y simulacro.

Velocidad y des-tiempo

A pesar de lo que se podría pensar respecto a la velocidad en la que se *vive* el tiempo hoy en día, Han (2015) sostiene que la temporalidad positiva de la psicopolítica no se caracteriza por su “aceleración”, sino, aquello que experimentamos como tal es solo un “síntoma” de la dispersión temporal. La crisis actual respecto al tiempo tiene que ver con la “de-sincronía”, en la que el tiempo sufre la ausencia de un ritmo que lo ordene conduciendo a alteraciones temporales. El tiempo carente de sincronía da tumbos sin rumbo alguno lo que provoca una sensación de aceleración. Este tiempo carente de compás, es ocasionado por lo

que Han llama la “atomización del tiempo”; el tiempo es fragmentado en pequeñas partes que no tienen necesariamente relaciones entre sí, privándolo de un hilo conductor. La percepción del tiempo lineal, donde los hechos estaban acompañados de tiempo contemplativo o intervalo temporal que daba paso al siguiente hecho, se transformaría en una atomización de hechos aislados exentos de tiempos contemplativos, lo que evitaría experimentar cualquier sensación de duración –inicio y conclusión– por lo que el tiempo estaría dando tropezones de un pequeño fragmento a otro sin ningún curso específico. Este tiempo atomizado se identifica con la “fugacidad y lo efímero”, ya que la ausencia de contemplación conduciría a una pérdida de sentido. De este modo, el sujeto “se convierte en algo radicalmente pasajero” (Han, 2015: 9-11).

Es este “des-tiempo” en el que el sentido se pierde, ya que, implica la “desaparición de los cortes temporales y las conclusiones, los umbrales y las transiciones”. Esta “falta de articulación”, es acompañada por una sensación de que el tiempo transcurre con mayor velocidad, sensación que es intensificada porque los “acontecimientos se desprenden con rapidez los unos de los otros, sin dejar una marca profunda, sin llegar a convertirse en una *experiencia*” (Han, 2015: 45).

Tiempo atomizado, tiempo positivo toda vez que no permite ningún tipo de *pausa* para realizar una recopilación de los hechos ocurridos, no hay lugar para un proceso contemplativo, hace que desaparezca cualquier “tensión narrativa” ya que la narración pierde su “ritmo” y se transforma en una “cronología vacía de acontecimientos” carentes de sentido (Han, 2015: 47, 48).

Acorde al modelo neoliberal de producción, el tiempo atomizado es caracterizado por el apremio, el ajetreo, la prisa y la hiperkinesia, donde el sujeto no deambula sin rumbo, sino que “pasa de un acontecimiento a otro, de una información a otra, de una imagen a otra” (Han, 2015: 53). El *destiempo* positivo, afín al modelo productivo se centra únicamente en objetivos, en una meta la cual alcanzar. En este sentido, busca sortear lo más rápido posible el intervalo espacial hasta el destino y el obstáculo que este significa, suprimiendo toda posibilidad de *demorarse* en él. Demorarse implicaría una mirada hacia lo otro, la pausa y

contemplación que la velocidad productiva psicopolítica busca evitar, significaría *deambular* en el tiempo. Esta pausa implica un cese productivo, y se manifiesta contraria a la intención del tiempo atomizado que se basa en el cumplimiento vertiginoso de objetivos.

Esto, por un lado, invalida cualquier proceso de búsqueda de sentido a los hechos ocurridos, y por otro, acelera la sucesión de acontecimientos, formando un círculo vicioso: “El veloz encadenamiento de fragmentos no deja lugar a una demora contemplativa. Las imágenes que pasan de manera fugaz por la retina, no logran captar una atención duradera. Propagan su atractivo visual y se desvanecen” (Han, 2015: 64- 65).

El *destiempo* psicopolítico busca producir hechos y acontecimientos cuantitativos, transcurren raudamente uno tras otro obturando la contemplación cualitativa.

Luminosidad

La palabra *luminosidad* viene del verbo *iluminar*, el cual proviene del latín *iluminare*, que significa bañar intensamente con una fuente de luz, alumbrar o llenar de claridad. En la teoría de los colores, la luminosidad de una indicación sobre el aspecto luminoso del color que se observa. Cualquier color que alcanza una luminosidad del 100%, se transforma en blanco. El blanco es un color acromático, lo que significa “sin color”. El blanco no es un color porque refleja todos los colores a la vez, es la consecuencia de la recepción de la luz constituida por todas las longitudes de onda del espectro visible. Todo color que alcanza su máxima intensidad lumínica se transforma en blanco, deja de ser un color por reflejar la mayor cantidad de luz posible.

El sujeto neoliberal de la psicopolítica, pone en riesgo su calidad de sujeto con la finalidad de reflejar la mayor cantidad de *luz* posible. Percibe cada vez más “sus deseos y sentimientos de manera imaginaria a través de mercancías y de las imágenes de los medios” (Han, 2014b: 30), se presenta “incapaz de cierre, de conclusión”, rompiéndose bajo la coacción de producir cada vez más sin ser capaz

de tener alguna imagen, algún color, estable de sí mismo –pues esto conllevaría un ejercicio negativo de conclusión– (Han, 2014b: 21). Esto, acompañado de una ilusión de posibilidad ilimitada comprometen la integridad del sujeto bajo la coerción de rendimiento, el sujeto debe rendir toda vez que las posibilidades se le presentan, la luminosidad de la psicopolítica positiva se presenta *ilimitada*. El sujeto de que dispone de un exceso de opciones, no se permite dejar de lumar incurriendo en un proceso autolesivo:

El sujeto de rendimiento, en realidad, compite consigo mismo y cae en la compulsión destructiva de superarse a sí mismo. El rendimiento no se fija en relación con el otro. Ya no se trata de superar al otro o de vencerlo. La lucha pasa por uno mismo. Pero el intento de vencerse a uno mismo, de querer superarse a uno mismo, resulta mortal. Es nefasta la competencia que busca superar la propia sombra. (Han, 2016: 28)

El blanco como luminosidad máxima, como máxima claridad, caracteriza la psicopolítica; su valor cultural acompaña el mensaje que quiere entregar la positividad; vida, pureza, paz, belleza, espiritualidad. Se asocia a un color inofensivo, liso, llano, estéril y pulcro, en este sentido, si el pensamiento del sujeto fuera una red de anticuerpos, la positividad blanca no representaría amenaza alguna ante el sistema inmunológico puesto que no se presenta como ataque, por lo que el organismo no respondería ante el estímulo y no tendría oportunidad de fortalecerse (Han, 2012: 36).

Un color blanco, 100% luminoso es totalmente puro, no permite ningún tipo de oscuridad en él. La estética de la sociedad neoliberal se basa fuertemente en la luminosidad, el blanco y lo impecable, toda vez que estos no presentan ninguna amenaza para el sujeto quien se acerca.

La transparencia, la hiper-realidad y el des-tiempo se basan intensamente en una alta luminosidad ya que resisten a cualquier tipo de oscuridad en ellos. Oscuridad representaría lo oculto, lo no-dicho, lo seductor, la contemplación, la

otredad o la extrañeza. La oscuridad, se asocia al color negro, el negro es conceptualizados socialmente como símbolo de muerte, temor, vacío o vicisitud.

La sociedad positiva de la psicopolítica mitiga todo tipo de sentimientos que se basen en la negatividad, estos sean, miedo, tristeza, angustia, ya que estos estarían exentos de luminosidad y se encontrarían en el plano “oscuro” de las emociones.

La luminosidad ciega tanto como la oscuridad, la saturación de la luz evita la visibilidad, esta es la forma de control de la positividad.

Resistencia

La palabra resistencia viene del latín *resistentia*, nombre de la cualidad del verbo *resistere*, que significa mantenerse firme, persistir, oponerse reiteradamente sin perder el puesto.

Por otro lado, *resistere* se compone del verbo *sistere* el cual se forma a partir del verbo *stare* o estar de pie. Así, si *stare* significa estar de pie, *sistere* simboliza tomar posición en un sitio y quedarse en él, no moverse. El resistir es etimológicamente erigir una posición y mantenerla respecto o en contra a algo. Sin embargo, el oponer una resistencia requiere primordialmente un algo al cual oponerse, por lo que una resistencia es fundamentalmente una re-acción.

En este sentido, parece ser que Han pudiese ser tensionado por un razonamiento similar al que se le presenta al primer Foucault, ya que, toda vez que el entramado de dominación psicopolítico se inserta en la *psique* del sujeto, en su alma y mente, parece imposible escapar del mismo, lo que evitaría el surgimiento de un *algo* diferente que se escape al entramado de dominación y que se resista al mismo.

Se presenta en la psicopolítica incluso la capacidad de adelantarse y predecir el actuar del sujeto por medio de los datos recolectados en cuanto a sus anhelos preferencias y emociones. Por otra parte, la ilusión de libertad propuesta por la psicopolítica conduce al sujeto a entregarse *voluntariamente* al entramado de dominación, siendo él mismo esclavo y capataz. Finalmente, la positividad

psicopolítica busca *agradar* al sometido, presentándose como una fuerza que *motiva* al sujeto a proyectarse, surgir y desarrollarse, todo esto con fines productivos y de consumo.

Parece no existir la figura del tirano, del opreso o dictador de sociedades anteriores, entonces, ¿Cómo se erige la resistencia? Se observa entonces nuevamente lo tautológico, ya que pareciera ser que, nada está fuera del poder psicopolítico.

Sin embargo, el autor da luces que no desarrolla pero que pueden ser elaboradas mayormente, de ser así, podrían erigirse como respuesta a esta hegemonía, el autor describe – quizás ingenuamente– lo que se posicionaría como el arma de doble filo de la psicopolítica neoliberal: Libertad.

En el afán positivo de otorgarle al sujeto una ilusión de libertad ilimitada, se vislumbra el espacio en el que se encuentra la *verdadera* Libertad, la cual está exenta de todo control psicopolítico, y que se alza contra toda positividad, este espacio está en la relación: “La libertad es, fundamentalmente, una *palabra relacional*. Uno se siente libre solo en una relación lograda, en una coexistencia satisfactoria. (...) ser libre no significa otra cosa que realizarse mutuamente” (Han, 2014c: 8).

Resistencia como relación; Relación como deuda⁵, como la constante tensión entre sujetos que de manera inherente conlleva la vulnerabilidad de presentarse ante otro –o ante sí mismo– con la disposición de ser transformado y transformar. Relación que viene a tensionar las tecnologías positivas de transparencia, hiperrealidad y destiempo. Esta relación, lejos de ser positiva se enmarca en una dialéctica fundamentalmente negativa. Relación es una palabra clave, puesto que, se posiciona dentro del hacer terapéutico. Este punto será desarrollado en el último capítulo.

⁵ Se entiende deuda como el *munus* expuesto por Esposito (2003: 30), donde se explica que el *munus* que la *communitas* (comunidad) comparte “no es una propiedad o pertenencia. No es una posesión, sino, por el contrario, una deuda, una prenda, un don-a-dar”.

Si bien es cierto, la resistencia es negatividad, sucede que la negatividad es tanto más. En el siguiente capítulo se desarrollará cómo la negatividad es parte constitutiva del sujeto y su experiencia, y que, ofrece respuesta a los dispositivos de transparencia, hiper-realidad, des-tiempo y luminosidad.

Capítulo III. Negatividad

Entendido y realizado el recorrido en el que se contextualiza el problema a observar, esto es, el exceso de positividad en la psicopolítica neoliberal, es que la resistencia surge: Negatividad como resistencia y posible respuesta a la hegemonía positiva. Se desarrollará el concepto como co-construcción de diferentes postulados, enfatizando el rol de la negatividad en la experiencia del sujeto, y, por tanto, la fricción que significa la positividad en la misma, para luego confrontar los dispositivos psicopolíticos antes desarrollados con su contraparte negativa.

Negatividad y sujeto

El concepto de negatividad aparece como una respuesta casi inmediata a la hegemonía planteada en los apartados anteriores. La positividad de la psicopolítica neoliberal se representa como una forma de gubernamentalidad hedonista que imposibilita cualquier atisbo de oposición negativa. Sin embargo, contrario a lo que se esperaría, esta positividad lejos de *liberar* la experiencia del individuo/colectivo, es utilizada como un mecanismo de control el cual responde a un modelo económico específico, provocando tensiones importantes en el sujeto quien se encuentra *sujeto* –valga la redundancia– al entramado de dominación; los mandatos de producción, velocidad y rendimiento bajo una ilusión de libertad, amabilidad y posibilidad. Es en este trueque en el que el individuo ofrece su subjetividad –su *psique*– como *moneda de cambio*.

Así mismo, la lectura de Acevedo Guerra (2017) respecto a los postulados de Heidegger explica cómo el sujeto de la época actual “tiende a encontrar insuficientes o imperfectas sus realizaciones, lo que hace que su conciencia se deslice fácilmente hacia la culpa”. Esta culpa podría interpretarse, en términos

heideggerianos como un oír *desviadamente* el llamado de la conciencia, desvío que impide que el hombre alcance un estado de serenidad, calma y satisfacción relativa consigo mismo llevándolo al *ser inauténtico*. El sujeto entonces en su afán constante de rendimiento se compromete a sí mismo en este, un proceso auto-penitente.

El sentido de nuestra época cuyo sello es el de la *eficacia incondicionada*, reforzaría el escenario donde el sujeto se descubre a sí mismo como “alguien ineficaz, cuyas realizaciones no son suficientemente buenas” (Acevedo Guerra, 2017: 60). En este sentido, una vez que “la producción ya no es productiva, sino destructiva; la información ya no es informativa, sino deformadora; la comunicación ya no es comunicativa, sino meramente acumulativa” Han (2017: 10), el sujeto desaparece, no en la oscuridad, sino en el exceso de iluminación. Estas tensiones que atingen directamente al sujeto acercan la importancia de observar estas temáticas bajo la óptica de la terapia, lo que se desarrollará posteriormente.

Finalmente, estas fricciones convergen en un cuestionamiento onto-epistemológico, ya que pretenden subyugar parte importante de la experiencia sensible del *ser* y vienen a cuestionar directamente lo totalitario del modelo psicopolítico expuesto por Han, toda vez que el sujeto se resiste desde su *esencia* a la completa positividad. Se observará entonces la negatividad y su rol categórico en la experiencia del sujeto.

Negación y desesperación

En términos hegelianos, la ausencia de negatividad en la experiencia de la conciencia⁶ provocaría que el sujeto accediera a la *realidad*, a la “sustancia” (objeto), por medio de una “certeza sensible”, esto es, someramente, sin mayor cuestionamiento y con una perspectiva restringida exclusivamente a la sensación. Si bien es cierto, esta “certeza sensible” puede experimentarse como *verdad* respecto a un objeto, debe verse tensionada evitando su *inmediatez* para acceder

⁶ Para Hegel en su obra la “Fenomenología del Espíritu” (2010), el fin óptimo de la conciencia, el camino de la misma, es la búsqueda de la verdad, entendiendo esta última como un absoluto.

a un conocimiento superior (Hegel, 2010). Si contrastamos esto con lo desarrollado anteriormente, podríamos establecer que la positividad psicopolítica busca que el sujeto se acerque a la realidad, al conocimiento, desde la “certeza sensible”, desde el *contacto inmediato entre la imagen y el ojo*.

Siguiendo con lo postulado por Hegel, el camino que recorre la conciencia tiene como finalidad última la *verdadera verdad*⁷, para esto el sujeto puede acceder a ella únicamente por medio de un proceso continuo de negación de la conciencia o “negación determinada”, lo que constituye un ejercicio de duda, o como lo llamaría Hegel (2010: 149), un “camino de desesperación⁸” constante, toda vez que la conciencia “considera una pérdida de sí misma”.

La conciencia se ve obligada a realizar el ejercicio negativo de contraponer su *verdad* con otra posible para aproximarse a la *verdadera verdad*. De este proceso surgiría la *no-verdad* para llegar a una nueva *verdad* que integra la antes negada. Es en este proceso donde la conciencia experimenta una pérdida constante, un luto de sí misma.

El sujeto entonces, es quien en busca de la *verdadera verdad* debe negarse a sí mismo de manera sistemática en el devenir del camino de la conciencia. Es en este camino, el de la *real verdad*, donde se observa el despliegue de las figuras erróneas de la conciencia, donde la negación de la *no-verdad* que hay en ella genera una nueva conciencia superior.

⁷ “La conciencia alcanzará un punto en el que se desprenda de su apariencia de arrastrar consigo algo extraño, que sólo es para ella y lo es en cuanto otro, o un punto donde la aparición, el fenómeno, se haga igual a la esencia, donde su exposición, por ende, coincida con este punto justo de la ciencia propiamente dicha del espíritu y, finalmente, al atrapar ella misma esta su esencia, designará la naturaleza del saber absoluto mismo.” (Hegel, 2010: 161). En Hegel la “verdad” se presenta como la meta del “camino de la conciencia”, el *saber absoluto*.

⁸ “En alemán, “duda” (Zweifel) y “desesperación” (Verzweiflung) comparten la misma raíz, el prefijo “ver” denota, precisamente, una intensificación radical de algo, en este caso, de la duda. De modo que el paso de la duda escéptica o la cartesiana a la desesperación, como duda radicalizada, de la conciencia hegeliana” (Gómez-Ramos en Hegel, 2010: 148)

Si bien es cierto Hegel, propone una idea “absoluta” de verdad, la cual podría aproximarse a planteamientos del dispositivo positivo, entendiendo que una “verdad absoluta” presupone un límite, una saturación de la misma, y, por tanto, la imposibilidad de cualquier resistencia o proceso de negación. En este sentido, es interesante observar lo propuesto por Guzmán (2012: 75-76) quien plantea una lectura en Hegel donde el “absoluto” es íntegramente negativo, es decir, completamente vacío –y por lo tanto abierto a la posibilidad– donde aquello que termina por develarse falso vuelve a ser tensionado reiteradamente, toda vez que la experiencia humana se ubica al “interior” del espíritu” y se posiciona como una construcción del sujeto.

Esto significa que el objeto que se aparece sólo es una proyección del mismo –elaborada por el individuo–, por lo que el sujeto sería incapaz de acceder por completo al pensamiento, ya que el “absoluto” estaría constantemente siendo construido por la experiencia humana.

Por lo tanto, este absoluto se mantiene como un *in/finito*, donde el sujeto – quien de por sí está determinado por su negativo, por su no-ser, re-interpreta su *vida/finito* constantemente hasta su muerte/*in/finito*.

Por otro lado, el mismo Heidegger en su lectura de Hegel explica que la negatividad es la “energía del pensar incondicionado”, la presenta como inherente al *ser*, como “esencia de la subjetividad” (Heidegger, 2007: 35) constitutiva y fuerza fundadora del proceso de conocer/*se*. Hegel (2010: 69) explica:

La desigualdad que tiene lugar en la conciencia entre el yo y la substancias que es su objeto, es la diferencia de ambos, lo negativo en general. (...) Pero es su alma, o lo que mueve a uno y otra: razón por la cual algunos antiguos concebían el vacío como motor, aprehendiendo lo moviente, por cierto, como lo negativo, pero sin aprehender todavía a esto negativo como el sí-mismo. Ahora bien, cuando esto negativo aparece al principio como la desigualdad del yo con el objeto, es también, en la misma medida, la desigualdad de la substancia consigo misma. (...) ¡Una vez! Que ella ha mostrado esto de modo perfecto, el espíritu ha hecho su existencia igual a su esencia: él se es objeto a sí tal como él es.

Se posiciona entonces la negatividad en Hegel como un proceso inherente al sujeto en el camino de la conciencia, en el proceso de conocimiento y en el *estar* en el mundo del sujeto. Este camino caracterizado por el luto, la desesperación, duda y negación; se opone diametralmente a las emociones, o la experiencia que busca reproducir el dispositivo y las tecnologías positivas, pero sostiene una relevancia evidente en el *pensar* al sujeto.

Alma y dolor

La psicopolítica positiva, en su afán hedonista, busca el bálsamo del placer para adormecer al sujeto del rendimiento, como mecanismo de control busca eliminar toda emoción y experiencia negativa con la finalidad de asegurar el rendimiento de la población. En contraparte, Han (2014b: 28) explica que el alma humana debe su profunda tensión precisamente a la negatividad, desarrollando la importancia de la misma en la experiencia humana frente a una hegemonía positiva que pretende alejar todo posible malestar en la experiencia. Sin embargo, el sujeto no se deja someter totalmente al “dictado de la positividad”, ya que sin negatividad la vida se atrofia hasta el “ser muerto”. En sus palabras:

Precisamente la negatividad es vivificante. Nutre la vida del espíritu. El espíritu solo obtiene su verdad si dentro del desgarramiento absoluto se encuentra a sí mismo. La negatividad del desgarramiento y del dolor es lo único que mantiene con vida al espíritu. El espíritu es “este poder [...], no como lo positivo que aparta la vista de lo negativo”. Solo es “este poder en la medida en que mira lo negativo a la cara y se queda a su lado”. (Han, 2017: 54).

Siguiendo este punto, el dolor sería constitutivo de la experiencia y esta está compuesta por la negatividad de lo distinto y la transformación. De la misma forma, tener una experiencia con algo, una *verdadera* experiencia con (un) otro contrario, significa que esta experiencia nos concierne, y, por lo tanto, tiene el poder de “arrastrarnos, oprimirnos o animarnos”. (Han, 2017: 12-13).

El dolor se presentaría diametralmente contrario al bienestar positivo, una vida que consistiese únicamente en emociones positivas o vivencias óptimas no sería humana, ya que estaría exenta de toda dificultad que dote sentido a la experiencia.

Para la positividad, la negatividad es peligrosa debido a que todo proceso negativo atenta en contra sus procesos productivos y de gestión del sujeto. Por otro lado, la negatividad –entendiéndola como la vivencia de emociones “negativas”– se manifiesta como basal a la experiencia humana y ofrece una oportunidad de crecimiento significativo del alma mediante la inquietud que estas provocan en su acontecimiento:

Al acontecimiento le es inherente una negatividad, pues engendra una relación nueva con la realidad, un mundo nuevo, una comprensión nueva de lo que es. Hace que de pronto todo aparezca bajo una luz totalmente distinta. Ese “olvido del ser” del que habla Heidegger no significa otra cosa que esta ceguera hacia los acontecimientos. Heidegger diría que hoy, el ruido de la comunicación, la tormenta digital de datos e informaciones, nos hace sordos para el callado retumbar de la verdad y para su silente poder violento. (Han, 2017: 15).

Vacui

La psicopolítica le teme al vacío en el sentido de que este presenta un campo de acción indeterminado, observado como pura posibilidad. La psicopolítica busca comprender y prever toda interacción del sujeto. El vacío, como incertidumbre, demora la hiper-comunicación y obliga a una contemplación que el destiempo no tolera. Para esto, la positividad busca llenar este vacío con excesos de estímulos, comunicación, propaganda e imperativos de rendimiento que evitan que el sujeto se *demore* en el vacío, en la nada. Por otro lado, la nada provoca incertidumbre, la incertidumbre genera angustia, temor; sentimientos que la positividad busca subyugar.

La psicopolítica positiva sufre de *horror vacui* –miedo al vacío–. Esta

expresión se emplea generalmente en el arte para describir el relleno innecesario de todo espacio vacío, relleno que no significa ningún aporte cualitativo para la obra que se está observando. Este punto puede homologarse a los dispositivos positivos, quienes temen al vacío por significar posibilidad, posibilidad que la psicopolítica no sería capaz de prever y por lo tanto controlar. Este *horror vacui* es importante ya que podría ser observable también en el espacio terapéutico, punto que se desarrollará más adelante.

Para Heidegger (2015) el vacío, la nada, es un concepto importante para comprender al Dasein o el ser-ahí, quien se encuentra en la búsqueda de una existencia auténtica. El Dasein se encuentra arrojado a la experiencia, a la infinita posibilidad, esto es el ser-en-el-mundo.

El ser entonces es infinita posibilidad, sin embargo, hay una *posibilidad* que se encuentra en todas las posibilidades y que al mismo tiempo imposibilita todas las demás, esta es, la muerte, la nada. Heidegger dirá que precisamente el ser se encuentra “entre” el nacimiento y la muerte. En la búsqueda de una existencia auténtica el Dasein debe enfrentarse a su finitud –y a la angustia que esta conlleva– comprendiendo que en el vacío de las infinitas posibilidades subyace la *certeza* de la nada, la muerte;

Sólo el ser libre *para* la muerte le confiere al Dasein su finalidad plenaria y lanza a la existencia a su finitud. La finitud, cuando es asumida, sustrae a la existencia de la infinita multiplicidad de posibilidades de bienestar, facilidad, huida de responsabilidades, que inmediatamente se ofrecen, y lleva al Dasein a la simplicidad de su *destino* [*Schicksal*]. Con esta palabra designamos el acontecer originario del Dasein que tiene lugar en la resolución propia, acontecer en el que el Dasein, libre para la muerte, hace *entrega* de sí mismo a sí mismo en una posibilidad que ha heredado, pero que también ha elegido. (Heidegger, 2015: 370).

En este sentido “el pensamiento ama el abismo”. Ya que le es inherente un “valor sereno para enfrentarse a un miedo esencial”, que es el vacío; “El pensamiento se pone a merced de la “voz silente” que lo “templara con los horrores

del abismo”. El horror lo libera del aturdimiento que provoca el ente, es más, del aturdimiento que provoca lo igual. Se asemeja a aquel “dolor en el que se desvela la alteridad esencial del ente frente a lo habitual.” (Han, 2017: 56).

Siguiendo esta idea, Han (2015b: 132) desarrolla que el poder del espíritu no consiste en lo meramente positivo, sino en que él “mira a la cara” a la muerte, a lo negativo y “se demora en ello”. En ese sentido, el ser es catalogado de “heróico” ya que de este ser para la muerte sale la “fuerza mágica” que “invierte lo negativo y lo trueca en el ser”. La acción de la muerte sobre el espíritu no se reduce al estremecimiento. Más bien, su heroísmo consiste en que dirige su fuerza a la muerte.

Hegel es parafraseado en Han (2015b: 132) para reforzar esta idea de observar el vacío: “La vida del espíritu no es la que teme la muerte y se mantiene inmune de la devastación, sino que la soporta y se conserva en ella”.

Finalmente y contrario al Dasein, Heidegger (2015: 119) explica al ser inauténtico como aquel que rehúye de la idea de su finitud, el cual no observa la nada, se funda en lo cotidiano y por lo tanto se desvía del llamado de la existencia auténtica, este ser es conceptualizado como “el “sujeto” de la cotidianidad: el “se” o el “uno” [*das Man*]⁹”. Vive en la pasividad, dice lo que se dice, hace lo que se hace. El sujeto que busca reproducir la psicopolítica positiva se asemeja al *das Man* en su *horror vacui*, en su falta de negatividad.¹⁰

⁹ “Lo que Heidegger llama *das Man* es el sujeto impersonal de frases tales como “se dice”, “se cuenta”, “se hace” (Eduardo Rivera en Heidegger, 2015: 434).

¹⁰ Vacío intencional.

Finalmente, entendiendo la negación, el dolor y el vacío como inherentes a la experiencia del ser es que podemos identificar la resistencia de la negatividad. Esta resistencia parte por contraponerse directamente a las tecnologías positivas y sus postulados, y es que, anular su existencia como pretende la psicopolítica vendría a obviar una parte constitutiva del sujeto y su experiencia. La hegemonía comienza a mostrar fisuras.

Contraposición

Respondiendo a la problemática de la hegemonía positiva, y una vez observado la presencia de la negatividad en la subjetividad del individuo –lo que presentan las primeras fisuras– es que, siguiendo su calidad de resistencia se tensionarán las tecnologías psicopolíticas revisadas anteriormente justamente por su contrario fundado en la negatividad.

Transparencia / velo

Como ya hemos observado, el dispositivo de la transparencia busca traer todo a la luz, todo debe verse vuelto hacia afuera, partiendo por la premisa de que la transparencia hace sospechoso aquello que no es visible.

Para enmarcar la resistencia ante la transparencia se utilizará su contraposición, esto es, la idea del *velo*. La definición de velo es puramente negativa; lo que impide ver con claridad, lo que cubre, difumina.

El velo se contrapone a la transparencia ya que retira de la vista parte de lo que se quiere observar, el velo cuida la diferencia, la desviación, aquello que no debe exponerse sino protegerse. Cuida la singularidad del sujeto, al mantenerlo fuera de la exposición evita que el sujeto devenga en información y se transforme en dato, mantiene su belleza;

“Pues lo bello no es ni la envoltura ni el objeto encubierto, sino el objeto en su velo. Desvelado se mostraría infinitamente insignificante. [...] En efecto, no ha de caracterizarse de otra manera el objeto al que en definitiva le falta el velo. Puesto que solo lo bello y nada fuera de esto puede ser esencialmente

encubridor y velado, en el misterio está el fundamento divino del ser de la belleza” (Benjamin en Han, 2013: 45).

Lo difuminado por el velo entonces protege la singularidad, ofrece el espacio de retirada, la distancia que la transparencia busca eliminar, pero, no es que lo que no se encuentre oculto carezca de belleza, sino, se entiende que si algo es protegido por un velo es justamente por su significancia, su valor.

Por otro lado, la total transparencia incurre en una imposibilidad. Y es que finalmente, como se enunció anteriormente, el hombre ni siquiera para sí mismo es transparente” (Han, 2013: 15) – Kant ya lo habría advertido en su filosofía con los límites de la razón, siendo observable también en el aparato psíquico de Freud–, por lo que este se resistiría, quizás *inconscientemente*, a convertirse en dato medible carente de singularidad. Este punto se desarrollará mayormente en el siguiente capítulo.

Pasa entonces que, el imperativo positivo transparente provocaría notorias fricciones, y es que resulta contraproducente la idea del completo des-ocultamiento, ya que para transparentar algo se hace necesario que este algo haya estado en el plano de lo oculto en primer lugar, fuera de la vista del observador; ahora bien, toda vez que se realice el ejercicio de *sacar el velo* para lograr transparencia se debe entender que la vista del observador estará siempre delimitada y filtrada por su experiencia –esto desde la cibernética de segundo orden–. Así es como toda vez que algo sea transparentado otro *algo* quedará fuera de esa transparencia, esto es, bajo el velo que el observador no observa.

Hiper-realidad/seducción

La hiper-realidad, calificada como pornográfica por ser “más real que lo real” (Baudrillard, 1991: 8) comulga directamente con la transparencia, toda vez que ambas busquen rasgos de “desnudez y obscenidad” (Han, 2014b: 53). Por lo tanto, su contraposición negativa, la *seducción*, hace lo mismo con el velo del ocultamiento.

Tanto la seducción como el velo retiran “algo de lo visible” (Baudrillard, 1981: 35) y, por lo tanto, imposibilita el “contacto inmediato entre la imagen y el ojo” (Han, 2013: 11). Esta retirada del plano de lo visible perturba la inmediatez de la hiper-realidad que busca que todo sea producido, se lea, se diga, se enumere, que ocurra en lo real y lo visible; la hiper-realidad que comulga con la eficacia busca que todo se transcriba, sea acumulado y enumerado (Baudrillard, 1981: 35).

En contraste la imagen, el objeto de la seducción, no se presenta de manera *desnuda* sino envuelta en el velo, resistiéndose a la obscenidad hiper-real, la cual se exhibe “objetiva” sin más significancia que lo que es o se presenta. En este sentido, la seducción es “movimiento de reversibilidad, donde, en el seducir, algo arresta al juego de signos de un modo diferente” (Morales, 2016: 2).

Antitético a lo obsceno, “el seductor juega con máscaras, ilusiones y formas aparentes”, “emprende caminos tortuosos, ramificados y enredados. Y usa signos con muchas significaciones” (Han, 2013: 35).

En este sentido, la seducción representa una amenaza toda vez que no tiene como finalidad la producción, sino el *juego*; “Ya no se trata de hacer surgir las cosas, de fabricarlas y de producirlas para un mundo del valor, sino de seducirlas, es decir, desviarlas de ese valor, y por tanto de su identidad, de su realidad, para llevarlas al juego de las apariencias, a su intercambio simbólico (Baudrillard, 2002: 29).

Juego con los signos y significancias, juego con la singularidad, juego como *otro* y con un otro: la seducción es “la capacidad de arrancar a lo igual lo que tiene de igual, de hacer que diverja de sí mismo”. El sujeto de la seducción es el *otro*. Su modo es el *juego* en cuanto modo opuesto al de rendimiento y producción” (Han, 2017: 19).

Seducción entonces, como el reverso de la hiper-realidad, toda vez que la última se presenta transparente, inmediata a la ingesta del observador, carente de singularidad, mientras que la primera conlleva la posibilidad de significar muchas otras cosas al mismo tiempo. Se presenta como movimiento de significados, de signos, con la capacidad de revertir de los mismos, es ambigua, rupturista:

“La seducción se apoya con frecuencia en códigos ambiguos, lo cual convierte a los seductores prototípicos dentro de la cultura occidental en una determinada forma de carencia de moral. Los seductores se sirven de un lenguaje con múltiples significados, porque no se sienten vinculados a las normas de la seriedad y de la simetría. En cambio, las prácticas “políticamente correctas” exigen transparencia y renuncian a ambigüedades, con el fin de garantizar la mayor libertad e igualdad contractual que sea posible, de modo que ruende en vacío el tradicional nimbo retórico y emocional de la seducción”. (Illouz en Han, 2013: 14).

Como rupturista, la seducción tiene la capacidad de volver seductor a lo obscuro, en su reversibilidad tiene el poder de vencer a la hiper-realidad y revertir el signo y su significado, como seductora, invita: “El hombre seducido es atrapado a pesar de él en la red de signos que se pierden. Porque el signo es desviado de su sentido, porque es «seducido»”. (Baudrillard, 1981: 72). Aquí yace su calidad de respuesta al dispositivo hiper-real.

Des-tiempo/tiempo contemplativo

La respuesta al des-tiempo es la contemplación como acontecimiento cualitativo. Para Han (2015) la respuesta a la de-sincronía temporal originada por la psicopolítica yace en la contemplación. La atomización del tiempo solo es superable mediante la recuperación del tiempo contemplativo, cuyo rol es observar detenidamente la experiencia vivida por el sujeto entre el evento ocurrido y el que acontecerá. Esta situación volvería a dotar de sentido la experiencia, y, por lo tanto, la narración del sujeto que construye respecto a sí mismo y su historia, y es que, en caso contrario “la incapacidad de demorarse en la contemplación puede dar lugar a la fuerza motriz que conduzca a una prisa y una dispersión generalizadas” (Han, 2015: 103). En este sentido:

Heidegger achaca la prisa generalizada a la incapacidad de percibir el reposo, la lentitud y la perdurabilidad. En ausencia de la duración, la aceleración se impone como mero aumento cuantitativo, para compensar la falta de duración, la falta de Ser: “La rapidez (...) el no resistir en la

tranquilidad del oculto crecer (...) aumento puramente cuantitativo, la ceguera con respecto a lo verdaderamente instantáneo, no fugaz sino inaugurador de eternidad”.” (Han, 2015: 95).

Se hace necesario entonces, para responder al des-tiempo la pausa que provee la contemplación: Heidegger (2010: 70) explica:

El estar-en-el-mundo como ocupación está absorto en el mundo del que se ocupa. Para que el conocimiento como determinación contemplativa de lo que está-ahí llegue a ser posible, se requiere una previa deficiencia del quehacer que se ocupa del mundo. Absteniéndose de todo producir, manejar y otras ocupaciones semejantes, la ocupación se reduce al único modo de estar-en que ahora le queda, al mero-permanecer-junto-a.

Parece ser que de esta manera la dispersión temporal volvería a su cauce original y es que el des-tiempo busca evitar toda pausa contemplativa que dote de sentido, término y conclusión a las experiencias vividas, toda vez que esto, como se explica anteriormente, signifique un obstáculo para su vertiginoso tropezar.

La contemplación interviene contra el des-tiempo que da tumbos de un evento a otro actuando como hilo conductor, des-atomiza los eventos, expandiéndolos y otorgándoles un detenerse cualitativo, en el cual el sujeto encuentra sentido. “La crisis temporal solo se superará en el momento en que la *vita activa*, en plena crisis, acoja de nuevo a la *vita contemplativa* en su seno.” (Han, 2015: 11).

Luminosidad/oscuridad

La palabra oscuridad viene del latín *obscuritas* que significa “cualidad de no poder ver por falta de luz”, se compone por el prefijo *ob-* (enfrentamiento, oposición), *scurus* (cubierto, escondido), más el sufijo *dad* que otorga de cualidad.

Siguiendo la contraposición, en la teoría de colores, cualquier color que pierde luminosidad se transforma en negro. El negro, es un color también

acromático, con la diferencia de que el negro, no refleja ningún tipo de color, porque no refleja luz. Por lo tanto, si la luminosidad, el color blanco, representa todos los colores, la saturación de los mismos, la oscuridad, el color negro, presenta la ausencia de estos; vacu.

La oscuridad se erige como resistencia a la luminosidad psicopolítica toda vez que la primera representa el imperativo de luminar bajo la coerción del rendimiento, bombardeado al sujeto con una saturación de estímulos, el cual, en su afán por reflejar luz en esta sociedad donde todo es medible en su calidad de exposición, pone en desmedro su propia subjetividad. En este sentido, la oscuridad, la cual es etimológicamente, enfrentamiento y ocultamiento, se opondría instantáneamente a las premisas positivas, ya que “el vacío des-limitador suprime toda oposición rígida” (Han, 2015: 62) y significaría para el sujeto la retirada para observar/se en/el vacío oscuro, el cual, al ser ausencia de luz, ergo, ausencia de color, representa el vacío de la posibilidad ilimitada y a la nada. Esta posibilidad, contraria al imperativo positivo, no representa una demanda para el sujeto, el cual –en términos psicopolíticos– se entregaría a la coacción de ser todo lo que puede y debe ser porque todo es posible, sino, debido a que es el poder-ser que es, ha dejado pasar algunas posibilidades, renunciando constantemente a posibilidades de su ser, lo que significa, para el Dasein de Heidegger, que es un “ser-posible entregado a sí mismo” –y no al imperativo productivo– como “posibilidad arrojada” en su totalidad (Heidegger, 2010: 147). Esta es la posibilidad a la cual invita la oscura negatividad.

Capítulo IV: Negatividad en la terapia sistémica contemporánea

Luego de realizar este extenso –pero necesario– recorrido nos centramos finalmente en el fruto de este trabajo investigativo, y es que es necesario realizar el camino completo, sin atajos, para sentar las bases fundacionales de lo que será este capítulo, desde donde y hacia donde se observa y bajo que premisas se hace.

Recapitulemos; en este camino se ha observado cómo ciertas formas gubernamentales se instalan en la manera en que el sujeto vive en sociedad, esto, por medio de distintos mecanismos de control y coerción que condicionan nuestro entendimiento de normalidad, verdad y poder. Comprendido esto, se analizó la forma gubernamental de la época actual, esta es, la psicopolítica de Han. Entendiendo a la última de manera epigenética¹¹ respecto a la biopolítica foucaultiana. Luego, se presenta el problema a investigar; La psicopolítica utiliza un exceso de positividad como método coercitivo, esto, a diferencia de las anteriores formas gubernamentales que se centraban en la fuerza del dictador o en la gestión de los cuerpos, tiene características particulares respecto a cómo se presente ante el sujeto, esto es, de manera amable, otorgando una ilusión de libertad y de deber ante la posibilidad. Esto último enmarcado en un modelo económico neoliberal occidental. Una vez entendido esto, se caracterizan dispositivos gubernamentales que se centran en la positividad.

Como último paso antes del presente capítulo, se comienza a vislumbrar la necesidad de resistencia y la respuesta a la aparente hegemonía positiva: la negatividad. Se observa el concepto como resistencia a la nombrada hegemonía entendiendo primero cómo es que se inserta constitutivamente en la experiencia del sujeto, para luego, contraponer conceptos basados en la negatividad a los

¹¹ “Lo último contiene, de algún modo, lo que venía antes, recibe influencia y queda moldeado por ello; y a su vez le da una nueva forma. Cada cambio ocurre en una continuidad y nada es olvidado, sólo transformado”. (Gerstle, 2014: 13).

dispositivos centrados en positividad, esto, para proponer una forma de comprender desde la negatividad lo existente en la terapia relacional contemporánea que vendría a servir como respuesta a la hegemonía expuesta. Para esta finalidad, es necesario, primeramente, plantear la importancia de este tema en términos psicoterapéuticos, esto es, observar por qué estos temas atingen al espacio terapéutico y cuál es el rol del terapeuta ante esta problemática.

Por último, se hace necesario *bajar* a la práctica terapéutica lo observado en capítulos anteriores y que se encuentran en la *nebulosa* de la teoría.

¿Por qué psicoterapia?

Primero, la pregunta atingente ¿Por qué terapia? Y es que es interesante pensar por qué la gubernamentalidad, la psicopolítica y su positividad y la negatividad son concernientes a nuestro quehacer. De esta primera pregunta se podrían desprender otras más: ¿Es la terapia un lugar para pensar lo postulado en los capítulos anteriores?; ¿En el espacio terapéutico estaría la respuesta a estos cuestionamientos?; De lo que se desprende la siguiente respuesta: *Bueno, sí, entre otros lugares y otros espacios.*

Y es que realizar estos cuestionamientos son –a juicio del autor de esta investigación– de una importancia evidente, toda vez que obligan al terapeuta a pensar y a posicionarse, desde lo político, ante un determinado tópico. En este sentido, es importante explicitar que la psicología, más específicamente el box terapéutico y la terapia, son espacios políticos de los cuales el terapeuta debe hacerse consciente ya que traen consigo ciertas asunciones de verdad y poder que vendrían a normalizar ciertos comportamientos y a problematizar otros.

A modo de ejemplificación, ya por los años 70' a 80' los movimientos feministas habrían interpelado directamente a la psicología clínica y sus consecuencias políticas insertándose fuertemente en el espectro terapéutico, más específicamente en la terapia familiar, con la finalidad de tensionar las teorías estructurales y sus cánones de normalidad (Bertrando y Toffanetti, 2004), lo que pone en evidencia la relación directa entre política y psicología.

Por otro lado, el mismo Bateson (Bianciardi, 2006) explicaría la co-relación entre terapia y poder sosteniendo que toda acción dirigida a provocar un cambio en el consultante es, inevitablemente, un ejercicio de poder toda vez que la idea de “sanar” se manifiesta de por sí inseparable al poder, lo que explica que la inquietud de la relación entre poder/psicología y poder/terapia se viene gestando desde hace ya un tiempo. Sin ir más lejos, la misma tradición sistémica en su afán y génesis emancipadora buscaría reproducir el mismo efecto respecto a las sujeciones hegemónicas de salud mental y normalización en lo que fuera su primer foco de intervención; la familia (Zamorano, Morales y Besoain, 2013: 16).

Siguiendo un foco emancipador, y de manera más contemporánea el trabajo de Michael White concerniente a la terapia narrativa vincula esta última con su rol político:

Si aceptamos la propuesta de Foucault de que las técnicas de poder que «incitan» a las personas a constituir sus vidas a través de la «verdad» se desarrollan y perfeccionan en el nivel local y se adoptan luego en niveles más amplios, entonces, al unimos a otras personas para cuestionar estas prácticas, debemos aceptar también que estamos inevitablemente comprometidos en una actividad política. (Y, por otra parte, tendríamos asimismo que reconocer que, si no nos unimos con otras personas para cuestionar estas técnicas de poder, también estamos comprometiéndonos en una actividad política.) (White y Epston, 1993: 44-45).

Esto dota al terapeuta –sino a toda persona– la calidad de agente político, lo que trae consigo consideraciones y responsabilidades inherentes que valen la pena cuestionarse. Lo expuesto por Rancière (2006: 70-71) en su séptima y octava tesis sobre política donde se explica cómo la política se opone específicamente a la policía ofreciendo un espacio de intervención, con la finalidad esencial de la manifestación del disenso deja en evidencia el rol que cumple el espacio de terapia como espacio político de resistencia.

Por otro lado, y ya más ligado al proceso terapéutico *in situ*, comprender el

contexto –siempre político– de manera hermenéutica¹² ayuda a observar de mejor forma desde donde se sitúa y se gesta el malestar de quien consulta junto con sus premisas, prejuicios y discursos, así como –y siendo fiel a la corriente sistémica –, también invitaría al terapeuta a cuestionarse y hacer consciente desde donde se sitúan las propias. Siguiendo este punto, y problematizando respecto a cómo los dispositivos de control actual influyen en la salud mental de los sujetos; Han (2012: 60) explica que cada época posee enfermedades emblemáticas, donde la “depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), trastorno límite de la personalidad (TLP) y el síndrome de desgaste ocupacional (SDO) definen el panorama de comienzo de este siglo”, vinculando la salud mental con la contextualización política. Esto último, sin embargo, debe ser leído con cautela –sino todo lo que Han postula– debido a que pudiese ser una aseveración más o menos antojadiza carente de un sustento teórico específico, la cual el autor no se encarga de profundizar en su obra, pero que es utilizada en esta investigación como una posibilidad interesante de pensarse y que interpela al terapeuta y su rol.

Una vez establecido esto, parece ser que la pregunta que debiese realizarse tendría que ver más con el rol del terapeuta ante estas problemáticas. Vale la pena cuestionarse entonces, si es que el terapeuta, el espacio de terapia mismo, se presentan como reproductores de discursos hegemónicos de verdad y poder o como espacio de resistencia:

Si el primero fuese el caso ¿Cuál sería entonces la finalidad de la terapia?
¿Re-habilitar al sujeto para que este –en términos psicopolíticos– continúe con su rol productivo de manera eficiente? Comulgando con el imperativo neoliberal de la optimización el espacio de terapia vendría a asegurar el funcionamiento perfecto del sujeto dentro del sistema donde “bloqueos,

¹² “El arte del que aquí se trata es el anuncio, la traducción, la explicación y la interpretación, e incluye obviamente el arte de la comprensión que subyace en él y que se requiere cuando no está claro e inequívoco el sentido de algo” (Gadamer, 1998: 95). La hermenéutica, proveniente del dios Hermes, así como su deidad, se encarga de llevar y traducir –con la libertad que esto significa– el lenguaje de los dioses al de los humanos.

debilidades y errores tienen que ser eliminados *terapéuticamente* con el fin de incrementar la eficiencia y el rendimiento” (Han, 2014c: 27).

En este sentido, el terapeuta podría simpatizar con esta idea, sin embargo, y siguiendo a White, debe saber que tomando esta posición estaría comulgando con una postura política determinada la cual, claramente, tiene sus ramificaciones.

Esta postura *funcionalista* de la terapia vendría a chocar directamente con las consideraciones epistemológicas contextuales contemporáneas que se vinculan al quehacer terapéutico al cual adscribe esta investigación y las corrientes terapéuticas a observar; esto es, en el marco de la posmodernidad, bajo epistemologías cibernéticas de segundo orden, constructivistas o construccionistas; toda vez que los imperativos psicopolíticos positivos a los que debería adscribir el terapeuta con la finalidad asegurar esta eficiencia y rendimiento, en su afán anti-negativo, vendría a despojar al sujeto de toda singularidad con la finalidad de cuantificarlo, objetivarlo y *repararlo*. En este sentido, un proceso terapéutico funcional a la psicopolítica positiva pactaría epistemológicamente con corrientes más estructuralistas y positivistas.

No obstante, y siguiendo la lógica dialéctica de este trabajo investigativo, existe otra postura que se abre ante el segundo cuestionamiento y que se enfrenta contraria a la primera: Si la terapia se niega a funcionar como reproductora de discursos de verdad y poder ¿Es la terapia, entonces, un espacio de resistencia? Esta hipótesis es, básicamente, la premisa central de este corpus teórico y viene a convivir con las corrientes epistemológicas actuales; terapia como el lugar donde acontece la diferencia ante la hegemonía, donde en la libertad de la relación, emerge lo que el contexto no muestra. Es la posibilidad de “establecer una relación de confianza y de mutua participación con el fin de poder ir creando nuevos sentidos que alivien y liberen al consultante de aquella única explicación que comanda su vida” (Gerstle, 2014: 15). Y es que estos cuestionamientos no se encuentran lejanos a la terapia sistémica en particular, en este sentido, Zamorano, Morales & Besoain (2013: 6) exponen:

Surge la inquietud respecto de la posición del terapeuta (el desplazamiento hacia la curiosidad y la irreverencia es ejemplo de ello), surge la inquietud respecto de la temible ventriloquía del especialista (¿por quién finalmente hablamos? ¿Por la institución, por nosotros, por la verdad de la salud mental?), surge así un nuevo terapeuta sistémico –o más bien envejece el clásico- ya no sólo operando estratégicamente orientado respecto de la física familiar, sino por sobre ello, se instala como operador político, esto es: se desea más que una pauta de salud o normalidad una pauta de libertad como práctica emancipatoria de la familia respecto de las sujeciones hegemónicas precisamente de la salud mental y sus juegos de normalización.

Por ello, si la hegemonía es positiva, en terapia debe surgir la contraparte. Aquí es donde la negatividad se presenta en la terapia, la cual, en búsqueda del acontecimiento, de lo que el contexto no muestra y está comandado por una única explicación, acude inevitablemente a la negatividad: “Al acontecimiento le es inherente una negatividad, pues engendra una relación nueva con la realidad, un mundo nuevo, una comprensión nueva de lo que es. Hace que de pronto todo aparezca bajo una luz totalmente distinta.” (Han, 2017: 15).

Se declara entonces la posición política del tesista/terapeuta una vez que se define al espacio terapéutico como espacio de resistencia, acontecimiento y diferencia.

Terapia sistémica contemporánea

Situada la terapia en el ámbito de lo político, su posición y su rol, es que se realiza un acercamiento hacia el terreno netamente terapéutico. Para esto, vale la pena delimitar qué tipo de terapia es la que se observará, y lo que esto, en términos epistemológicos, teóricos y técnicos significa.

El marco en el que se gesta este trabajo investigativo viene a trazar el espacio de movimiento; y es que hablar de terapia sistémica tiene consideraciones distintas a hablar de terapia psicoanalítica, humanista o cognitivo conductual. En este sentido, se hace necesaria la contextualización para comprender de qué se habla cuando se habla de terapia sistémica; observar su gestación y desarrollo, abre espacios para delimitar los caminos que llevan a comprender lo que se entiende por terapia sistémica hoy en día.

Primer orden

Para contextualizar de manera práctica, se utilizará la división tradicional de los modelos sistémicos, los cuales han sido categorizados en dos grandes marcos de referencia: el enfoque de Primer Orden y el enfoque de Segundo Orden.

Cuando hablamos de enfoque de Primer Orden hay que tener varias consideraciones que se gestan desde el inicio de la terapia sistémica; en su Historia de la Terapia Familiar, Bertrando y Toffanetti (2004) señalan como el surgimiento de los primeros modelos sistémicos se enmarcan en un contexto sociopolítico determinado, específicamente en Estados Unidos; es el fin de la guerra y las políticas de salud pública requieren una intervención con las familias quienes se encuentran aquejadas por las secuelas de la misma. En este contexto, EEUU se ve tensionado entre una sobre demanda de pacientes institucionalizados, la imperiosa necesidad de una higiene mental familiar y un deficiente desarrollo en temáticas clínicas orientadas a la familia (Zamorano, Morales y Besoain, 2013). Es en este argumento de necesidad de trabajo familiar en que se ve tensionada la herencia individualista de lo que habían sido hasta ahora las corrientes psicológicas populares, más particularmente el marco de referencia hegemónico: el Psicoanálisis.

Justamente son profesionales provenientes de la herencia psicoanalista que toman el desafío de repensar/se y realizar el giro desde el individuo hacia el sistema. Quizás una de las lógicas de trabajo más conocida de este giro se encuentra en quienes serán ampliamente reconocidos más adelante en sus aportaciones a la terapia sistémica: El grupo de Milán.

Compuesto inicialmente por Mara Selvini Palazzoli, Luigi Boscolo, Gianfranco Cecchin y Guiliana Prata el equipo representa la separación definitiva del psicoanálisis y la práctica del modelo sistémico a inicios del año 1971.

Adscribiendo al modelo del MRI¹³ y su modelo de terapia breve, comienzan a desarrollar un modelo en base de las ideas de Jackson (homeostasis y familia gobernado por reglas), del primer Bateson (doble vínculo) y de Haley (triángulo perverso) (Bertrando y Toffanetti, 2004: 175-176).

Estas ideas en su mayoría representaban lo que se denomina como el Primer Orden de la terapia sistémica señalados por la influencia de la cibernética y la teoría general de sistemas. Correspondiente a una corriente estructuralista representacional, se denomina al modelo como el de los sistemas observados, entendiendo al sistema como el objeto de estudio al cual el terapeuta – de postura más directiva– puede acceder de manera objetiva y describir las inter-relaciones recíprocas entre sus componentes (Bianciardi, 2010).

Segundo orden

Junto con el giro epistemológico de los años 80 viene a germinar el Segundo Orden de la terapia sistémica, el cual es caracterizado como el de los modelos observantes donde el terapeuta centraría su atención en el lenguaje y los modos en que las personas organizan sus vidas en torno a los relatos que organizan sus tramas relacionales (Zamorano, Morales y Besoain, 2013: 2). El segundo orden adscribe a dos epistemologías:

La primera –en orden cronológico– es el constructivismo, el cual adscribe a

¹³ Mental Research Institute

la construcción particular de la/s realidad/es donde el sujeto toma un protagonismo importante. Bajo la prima “todo aquello que es dicho es dicho por un observador” se re-inventa el concepto de sistema, el cual, deja de ser un objeto a observar y pasa a ser parte, también, de quien lo está observando. Esto genera un vuelco con consideraciones importantes en el quehacer terapéutico toda vez que el terapeuta deja de ser observador “objetivo” del sistema y pasa a ser parte del mismo, el sistema se cierra en un proceso *autopoietico*¹⁴ (Maturana, 1978) construyendo así su propia realidad por medio del lenguaje a través del consenso (Bertrando y Toffanetti, 2004: 203). En este sentido el foco pasa de manera importante a la persona del terapeuta, ya que, una vez que este forma parte del sistema aporta su subjetividad al mismo.

A esta epistemología se suma claramente el grupo de Milán, que por los años 80' ya se habría dividido –entre otras cosas– por diferencias teóricas; por un lado, Selvini Palazzoli y Prata se preocuparían sobre el *sistema observado* creando un modelo de génesis familiar de las psicopatologías, y por ende decayendo ante una epistemología no estructuralista. Y por el otro, Boscolo y Cecchin se encargarían de poner sus esfuerzos en los *sistemas observantes* creando un modo de hacer terapia independiente de cada tipología (Bertrando y Toffanetti, 2004: 219). Estos últimos seguirían trabajando en el terapeuta, elaborando conceptos importantes que se considerarán a continuación, creando lo que hoy se conoce como el Modelo de Milán, del cual surgirían también autores *post-milaneses*.

La segunda epistemología es el construccionismo, el cual surge de manera más contemporánea en el marco de la posmodernidad caracterizada sociopolíticamente por la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética demarcan el triunfo del sistema económico occidental, lo que trae consigo el fenómeno de la globalización. Así como cae el muro, el pensamiento posmoderno se caracteriza por su capacidad *deconstructiva* que se distancia y se declara

¹⁴ Proceso en el cual las partes de un sistema interactúan para producir la creación, reparación y producción del mismo.

escéptico a cualquier concepto de verdad o absoluto. El construccionismo se basa en el factor relacional para la creación de significados e identidad: “El sí mismo crece al interno de los intercambios y de las conversaciones en las cuales estamos insertos y la identidad y el resultado las narraciones que al interno de tales *danzas conversacionales* cada uno de nosotros escribe” (Bertrando y Toffanetti, 2004: 258). En este sentido, a pesar de que el constructivismo y el construccionismo comparten varias premisas respecto a la construcción de la realidad, identidad y significados, basados en el lenguaje, el primero tiene un carácter más individual o de *conversación interna*, mientras que el segundo se determina por su importancia relacional o de *conversación externa*

De esta corriente epistemológica se desprenden las terapias conversacionales y la terapia narrativa de Michael White y David Epston, de la cual se desprende también un modelo de terapia familiar.

Es de este segundo orden desde donde surgen los modelos sistémicos contemporáneos a observar a continuación, y es que se hace necesario declarar epistemológicamente las premisas en las cuales se fundan, esto es, desde una lógica posmoderna relativista, enmarcados en epistemologías constructivistas o construccionistas. Ya que, sólo una vez que se establece el motivo político de la terapia, su posición de resistencia y posibilidad, y se comprende las bases epistemológicas de los modelos sistémicos actuales es que se hace posible ir a buscar y declarar el espacio de la negatividad en los mismos.

Terapia sistémica y negatividad

Para finalmente observar el espacio de la negatividad (trabajado en los capítulos anteriores) en los modelos sistémicos contemporáneos, primero una aseveración que surge a raíz de este trabajo investigativo; y es que, parece ser que desde su fundamento epistemológico todos los modelos a continuación se resistirían al imperativo positivo de la transparencia, toda vez que se deja de lado la creencia de que un síntoma de cualquier género sea correspondiente

invariablemente a un *tipo* de familia o a un sujeto imposibilitando su reducción a una clasificación estática.

Al dejar de lado las herencias estructuralistas y representacionales, pareciera ser que los modelos sistémicos contemporáneos se rehúsan a definir al individuo, familia o sistema como un objeto de estudio generalizable, observable y, por lo tanto, cuantificable –lo que comulgaría más con movimientos patologizantes–, que pudieran transformar al sujeto en dato homologable a cualquier otro y despojado de cualquier singularidad. En este sentido la complejidad constructivista y construccionista tendrían en cuenta las inevitables singularidades de cada situación humana rehusándose a pensar en reducirlas a las pocas variables observadas con los instrumentos terapéuticos (Bertrando y Tofanetti, 2004).

Simplemente en la idea de imposibilitar la cuantificación objetiva del sujeto es que surge, desde ya, una resistencia.

Es en este comprender de la condición cambiante del sujeto, que se postula que, irremediabilmente, tanto en la conversación interna, como en el texto del lenguaje, algo queda fuera de lo visto/dicho cubierto por el velo y arrojado a la infinita posibilidad de la relación humana. Esto se observará de manera más particular en cada apartado.

Negatividad en Modelo de Milán

El modelo de Milán se presenta como una de las piedras fundacionales del movimiento sistémico desde sus inicios, su capacidad de adaptarse a las nuevas epistemologías y de estar constantemente repensándose de manera epigenética se consolidó como un modelo teórico importante que se centra –con Boscolo y Cecchin– fuertemente en el terapeuta y sus conversaciones internas.

Como se establece anteriormente, en esta aproximación, la epistemología constructivista/construccionista del modelo se traduce en la posición del terapeuta dentro del mismo sistema el cual observa, lo que generaría un sistema cerrado autopoiético que construye la realidad por medio del lenguaje. En este sentido, la

terapia se transformaría en una creación común entre terapeutas y clientes¹⁵ de “historias” alternativas y atribuciones de significados nuevos que se generan en la realidad compartida.

Para estas conversaciones es que los autores ofrecen un amplio repertorio de técnicas y posicionamientos que vendrían a guiar al terapeuta para la consolidación de un pensamiento sistémico dentro del box terapéutico. Se ofrecen tres premisas: *hipotetización*, *circularidad* y *curiosidad* (agenciando al concepto de *neutralidad*).

Hipotetización: Tanto Cecchin (1989) como Boscolo (Boscolo, Bertrando y Gálvez, 2011) concuerdan en el proceso de hipotetización como técnica central del pensamiento sistémico. Esta técnica invita al terapeuta sistémico a considerar siempre sus ideas respecto de los pacientes, familias o sistemas y su relación personal con ellas. Estas hipótesis –en plural– están siempre sujetas a modificaciones y se ven tensionadas constantemente por su plausibilidad, no por su veracidad. Si la hipótesis resulta falsa, el terapeuta debe formular una segunda hipótesis en base a la información obtenida a partir del cuestionamiento de la primera (Selvini Palazoli, Boscolo, Cecchin y Pratta, 1978). Este proceso de hipotetización constante evita que el terapeuta se “case” con una hipótesis en particular y lo nuble de observar las otras relaciones explicativas posibles perdiendo *curiosidad*, y se manifiesta como diálogo interno. A pesar de que, si la situación lo amerita, la hipótesis puede ser develada, ciertamente es un trabajo que el terapeuta realiza en su conversación interna, sin embargo, y como el concepto de velo lo describe, difumina la intención del terapeuta, quien, a pesar de no presentar desnuda la hipótesis frente al consultante, dirige sus conversaciones para tensionar su funcionalidad.

Es evidente cómo este proceso se acerca a la búsqueda de la verdad del camino de la conciencia de Hegel (2010), toda vez que el terapeuta debe negar una hipótesis no plausible y generar una nueva a partir de la cuestionada. Tomando las

¹⁵ Concepto utilizado en la tradición milanese

consideraciones de Guzmán (2012) respecto a la *verdadera verdad*, tanto como la hipótesis del terapeuta se presentarían como un norte al cual no se llega –ya que si una hipótesis resulta ser plausible no significa que sea verdad, en el sentido de absoluta e inmóvil–. En este sentido, el constante cuestionamiento, la suspicacia y la epigenética de la hipotetización descritas se enmarcan en una lógica profundamente negativa.

Circularidad: La circularidad –distinta a las preguntas circulares– se presenta como técnica para el terapeuta la cual tiene por finalidad de facilitar el proceso de hipotetización: “Por circularidad entendemos la capacidad del terapeuta de conducir su investigación basándose sobre las retroalimentaciones de la familia respecto de informaciones solicitadas en términos de relaciones y, por lo tanto, en términos de diferencia y mutación” (Selvini Palazzoli, et al., 1978: 6). A través de estas retroalimentaciones el terapeuta confronta sus hipótesis, ideas, emociones e impresiones respecto a las respuestas de los clientes ante sus intervenciones lo que lo llevaría a cambiar de posiciones con la finalidad de encontrar junto a los clientes un sentido compartido de lo que pasa en sesión. Desde la mirada de la negatividad la circularidad representa valores similares a los de hipotetización, ya que se basa en una constante re-evaluación de la postura del terapeuta. En ese sentido el terapeuta debe estar atento a los eventos ocurridos en terapia. Siguiendo este punto, el tiempo de terapia debería vivenciarse como tiempo contemplativo en el cual, los sucesos que se articulen dentro de este espacio sean observados detenidamente con la finalidad de otorgarles una continuidad narrativa, y por lo tanto, un sentido.

Curiosidad: La curiosidad surge en respuesta por parte de Cecchin (1989) a los cuestionamientos epistemológicos y éticos que cuestionaron la neutralidad. La curiosidad se presenta como una actitud terapéutica, esta actitud busca posicionar al terapeuta de manera equitativa ante el sistema consultante, desde el no-saber

lleva a experimentar e inventar puntos de vista y movimientos estratégicos, que a su vez generan más curiosidad en un proceso recursivo. La curiosidad sirve para que el terapeuta no produzca alianzas –en términos de primer orden– mientras intenta producir diferencias sin apegarse a ninguna posición en particular. La curiosidad se basa en que cada sistema funciona desde una lógica operativa, lo que acrecienta la curiosidad del terapeuta en su afán de descubrir cómo ideas, comportamientos y eventos participan en la creación y mantención de la integridad operativa del sistema.

Sin embargo, el terapeuta podría sufrir de falta de curiosidad. La falta de curiosidad produce aburrimiento. El aburrimiento es horror vacui; se podría pensar que el aburrimiento del terapeuta, que está fundado en una idea de saber lo que está ocurriendo, provoca que el proceso terapéutico pierda su factor estimulante. En la asunción de “creer” que “sabe” por qué el sistema se encuentra en el estado en que está, cuáles son las relaciones y acciones que lo llevaron a este punto, el terapeuta pierde interés y deja de escuchar. Se podría tensionar el “por qué” de esta postura del terapeuta entendiéndola como un temor a la incertidumbre de no saber; del oscuro vacío de la posibilidad, por lo tanto, si el terapeuta no se somete a la incertidumbre de no saber, no surge el querer saber, y, por lo tanto, no *curiosear*. En este sentido el pretender “saber”, satura completamente la posición del terapeuta evitando que otras posturas entren en el juego relacional toda vez que la luminosa “verdad” se aparece y ocupa todo el espacio terapéutico.

Existen otros conceptos del modelo de Milán que podrían observarse bajo la óptica negativa; entre ellos el concepto de irreverencia surge como el más cercano a la postura de contraposición de la negatividad y a la resistencia contra dogmas y coacciones impuestas. Este concepto, propuesto por Cecchin, Lane y Ray (2011) refiere a la posibilidad de movimiento teórico y técnico del terapeuta y al rechazo de la idea de sentirse coaccionados por el sistema legal siendo fiscalizadores de la normalidad social. Desde allí establece la inquietud sobre la posibilidad de adopción

de una posición irreverente, flexible ante una teoría o sistema. Para Cecchin, et al. (2011):

Gracias a la irreverencia podemos dejar de venerar, idolatrar o poner en práctica los axiomas de las diferentes psicoteologías. Nuestro trabajo se vuelve más centrado en la curiosidad, el deseo, la pasión, la imaginación, la invención, la creatividad y la improvisación.

La improvisación (que es otro concepto familiarizado a la irreverencia y a la escuela de Milán), refiere a la incertidumbre no tener un nicho teórico en el cual sentirnos seguros, la irreverencia invita a salir de la *zona de confort* teórica en pos de una –responsable– exploración a favor del consultante.

Negatividad en el terapeuta dialógico de Bertrando

Para el terapeuta sistémico y antiguo miembro de la escuela de Milán, Paolo Bertrando surgen algunas dudas y ciertas afinidades que valen la pena considerar y que el mismo trabaja por resolver. Y es que con su libro “El diálogo que conmueve y transforma: El terapeuta dialógico” (2011) el autor pretende acercar dos visiones: La teoría sistémica y la posmoderna teoría dialógica, que, si bien tienen varias similitudes, comparten también muchas diferencias importantes; si seguimos lo supuesto por la teoría sistémica, el sujeto solo existiría dentro y a causa de una red de relaciones en la cual está inmerso. Por otro lado, siguiendo los postulados dialógicos, el sujeto habitaría en dos mundos diferentes necesitando del diálogo, para que esos mundos se comuniquen entre sí. Esto, claramente tiene sus consideraciones prácticas en el quehacer terapéutico, en términos de teoría, técnica y posición, pero también evidencia el lugar de poder del terapeuta.

Aquí surge la primera diferencia; resulta que, para la corriente dialógica el diálogo del terapeuta debe ser completamente abierto desde una posición de “no saber” (Bertrando y Toffanetti, 2004: 263) en este sentido la teoría dialógica busca

generar una relación lo más horizontal posible con la menor cantidad de intervención previa que pudiese influir en el diálogo del consultante con el terapeuta y que se encuentre más allá del fluir del lenguaje. Por otro lado, Bertrando (2011) explica que, su manera de diálogo terapéutico facilita el desarrollo de hipótesis, desde un foco comprensivo más que instrumental –alejándose del diálogo ericksoniano– que si bien, pudiese influenciar a alguien, el mismo incluido, no es su principal finalidad, sino, el clarificar un nuevo entendimiento. En este sentido la tarea del terapeuta dialógico no sería entender o dar sentido desde su perspectiva profesional o personal, sino que desde la perspectiva de los clientes. El rol del terapeuta, sería entonces, participar de esta conversación escuchando responsivamente, creando un espacio para la audición, invitando al otro a hablar entrando en un modo dialógico. Así el oyente está abierto y flexible respecto a cómo el otro habla, sin ideas preconcebidas, como lo que es correcto o sano para hablar. Solo en el intento de oír lo que el cliente quiere que el que escucha oiga, el terapeuta puede hacer comentarios o hacer preguntas para ayudar a conseguir, revisar o clarificar un entendimiento, siendo estos comentarios ni juicios ni hipótesis veladas, ya que estas preguntas no son “herramientas informacionales” o “sembradoras de ideas” (Anderson en Bertrando, 2011: 51).

Si se observa esto último en términos negativos, podríamos tensionar lo expuesto por Anderson respecto al diálogo y la teoría dialógica, puesto que parece ser que el terapeuta debe mostrarse de manera transparente ante el cliente, ya se ha establecido las tensiones que esto conlleva, pero más importante aún, la imposibilidad que esto conlleva, puesto que si bien es cierto las intervenciones del terapeuta sistémico no buscan necesariamente un control o influenciar directamente al cliente algo velado siempre quedará en el ámbito de lo “no dicho” junto con la intención de la finalidad hipotetizadora de esta intervención, por otro lado, el terapeuta sería incapaz de despojarse de sus premisas, prejuicios y experiencias que motivan justamente “esa” intervención y no otra, para mostrarse completamente inocuo e indefenso al consultante. Por otro lado, esto presupone que el oyente “sabe

lo que el hablante quiere decir”, obviando, quizás, la subjetividad del otro. Sin ir más lejos, esta conceptualización del terapeuta pasivo podría dificultar una intervención que interpele y enfrente al sujeto ante las pautas o relaciones que causan su malestar.

Cabe destacar que el mismo Bertrando tiene ciertos reparos con lo expuesto por Anderson –encontrando una respuesta mucho más unificadora– haciendo mano de lo planteado por Bajtín, donde explica que entender es un proceso activo:

El hablante lucha para obtener una lectura sobre sus propias palabras y sobre su propio sistema conceptual que determina estas palabras, dentro del sistema conceptual ajeno del receptor que entiende; él entra en una relación dialógica con ciertos aspectos de este sistema. El hablante se abre paso a través del horizonte conceptual ajeno del oyente, construye su propia enunciación en territorio ajeno, en contra del trasfondo aperceptivo suyo y de su oyente. (Bajtín en Bertrando, 2011: 51-52).

Esto enmarca al proceso dialógico de Bertrando (2011) en una “lucha benévola” entre terapeuta y cliente, donde ser entendido significa entrar en un encuentro donde se necesita apertura y respeto, pero, además, una opinión para potenciar que algo nuevo emerja. En este sentido, la relación es *con* otro, por lo que el diálogo se imposibilita si el receptor no actúa, este juego de dar-recibir se enmarca en una relación profundamente seductora, y por lo tanto negativa. Tan relacional cómo el dialogo, es la seducción; “Es seductor ser seducido, en consecuencia, es el ser-seducido lo que es seductor” (Decombes en Baudrillard, 2008: 68), es solo en la seducción de querer oír que se seduce al locutor a continuar en sus diálogos generando una continua reciprocidad. Sin embargo, toda vez que quien escucha toma un rol activo en la relación con el locutor, ingresa consigo inevitablemente su subjetividad, este ingreso conlleva emociones, ideas, opiniones y experiencias, esto es un otro no transparente, sino rodeado de velos.

Negatividad la micropolítica y lo poético de Pakman

Marcelo Pakman, psiquiatra y psicoterapeuta argentino radicado en Estados Unidos se posiciona como referente en la práctica de la clínica sistémica contemporánea. Sus conceptualizaciones de micropolítica y lo poético (2011) pone a la instrumentalización de la terapia en tela de juicio en su afán de reestablecer el ámbito de lo sensible, pre-lingüístico en la terapia sistémica.

A favor de la singularidad –y por lo mismo contra la tecnificación de sus postulados – el autor busca que surjan eventos extraordinarios que la hegemonía micropolítica no permite –o no nos permite ver– en la cotidianidad. Para esto, sin embargo, el autor observa la domesticada terapia como un obstáculo al surgimiento de lo sensible, toda vez que al terapeuta se le enseña a operar dentro de técnicas y teorías específicas y no se le entrena a observar las texturas.

En este sentido, el rescate de la materialidad de lo sensual significaría una liberación, en términos epistemológicos, tanto de la pretensión de verdad objetiva como del posmodernismo radical que erige el signo lingüístico y los procesos de significación por sobre todas las cosas.

Desde ya, el carácter de resistencia que se erige en los postulados de Pakman, comulgan con la contraposición negativa; pero, se hace interesante observar más a fondo, ya que otorga a la terapia un espacio importante:

La psicoterapia, en tanto micropolítica, tiene la oportunidad de ser una práctica socio-cultural de crítica social que puede contribuir a distanciarnos de esos guiones de creencias, comportamientos y conocimientos que están asociados a identidades cuyo valor reina de manera indiscutida, que se conciben como deseables y sin alternativas, y que mantienen y reproducen aquéllos” (Pakman, 2011: 32-33).

Micropolítica: Cuando se habla de micropolítica en terapia, se refiere a la generación de un espacio de relación donde se quiebre la hegemonía –

también micropolítica– de los discursos de quienes consultan y también de la propia práctica psicoterapéutica (Gerstle, 2011: 23). Esto último se comenta ya que, estas micropolíticas concernientes a un proceso terapéutico vendría a dictar las pautas del proceso de la misma;

Toda sesión de terapia se produce como si fuera un ensayo de una obra de teatro, donde el paciente viene con su guion y dice: “Doctor, por favor, lea su parte”. Y nosotros vamos también con un guion semejante donde está la parte del paciente. A veces esas partes coinciden fantásticamente y lo que sucede se llama psicoterapia, pero es una psicoterapia totalmente programática (...). Todo tiene sentido, pero no va a pasar nada realmente nuevo. Vamos a estar simplemente recreando guiones. (Pakman, 2011).

De carácter emancipatorio la micropolítica pakmaniana podría ser homologable a la irreverencia de Cecchin, comparte sus fundamentos negativos de entregarse al vacío, despojado de teorías y de pautas que ofrecen sensación de seguridad, conocimiento y poder, la micropolítica invita a observar aquello que nuestro lente profesional no nos deja observar, que se encuentra en el ámbito de lo cotidiano y de lo sensual.

Poético: Lo poético en Pakman es lo que ocurre cuando las pautas micropolíticas son desentendidas que a través de eventos singulares generan oportunidades de subjetivación. Definidos como “experiencias de sentido de una textura peculiar, única, irremplazable e irreductible a ser sólo un tema mentado en las palabras que testimoniaban su suceder” (Pakman, 2011). Estos actos poéticos son vivenciados como puntos de inflexión en los que vienen a la presencia aspectos importantes de la vida de un sujeto que hasta entonces no tenían lugar en el relato dominante del mismo. Como poéticos –performativos– vendrían a romper las pautas micropolíticas establecidas, siendo vivenciadas de manera perceptiva, sensorial.

Se observa lo poético como pequeños destellos que surgen en la

relación con un otro, en este caso, en el marco de un proceso terapéutico, por lo tanto, el terapeuta debe encontrarse receptivo a estos momentos fugaces que se encuentran enmarcados en cotidianos que el des-tiempo no nos permite observar, lo que daría paso a una terapia donde la sucesión de eventos no lleva consigo ningún sentido, esto es; todo ocurre según las pautas micropolíticas, de buena manera, pero no significan nada nuevo.

Negatividad en la sistémica de la Universidad de Chile

Ahora bien, se podría decir algunas cosas respecto a los propios modelos en los que se asienta este magister, y es que finalmente en este contexto bajo estos cuestionamientos donde la inquietud generadora surge. Se observará el espacio de la negatividad en la clínica del sentido en dos postulados particulares:

Clínica del sentido: Trabajada por Claudio Zamorano, la clínica del sentido se enmarca principalmente dentro de los postulados de Francisco Varela – especialmente el concepto de enacción–, y viene a generar un “marco comprensivo para el dilema del yo relacional” (Zamorano, 2014.) de la terapia sistémica contemporánea, buscando integrar al texto y al contexto, comprendiendo de manera interdependiente la relación del individuo con su historia como con las condiciones contextuales en que esa relación es posible.

Al hablar de la clínica relacional del sentido se hace necesario comenzar por lo expuesto por Varela respecto a su perspectiva enactiva, donde se define a los seres vivos como agentes autónomos que activamente se generan y mantienen a sí mismos. Durante este proceso –in/finito por lo demás– el sistema se mantiene en constante relación y co-determinación con el “mundo”. El concepto de “mundo”, desde esta perspectiva es clave pues nos acerca al sentido.

Para Varela existe una diferenciación entre “medio ambiente” y “mundo” donde el primero corresponde a la descripción del contexto que rodea al sistema,

mientras que el segundo concierne a lo que es relevante para garantizar la identidad o coherencia del mismo, Zamorano (2014: 7) explica:

Como efecto del proceso de autonomía que permite sostener la identidad de lo vivo, los seres vivos definen lo que les interesa, lo que les preocupa para seguir siendo; por lo tanto, somos sistemas puestos en escena activamente, enactuando del entorno lo significativo para nuestro sí mismo, configurando un mundo como efecto de nuestra dinámica de auto-realización.

Es posible entonces comenzar a acercarse al concepto de “mundo” con el concepto de sentido en la relación respecto a los significados que le otorga el sistema a los elementos del medio ambiente, Zamorano (2014) sostiene cómo el encuentro con el espacio relacional, con el mundo, nunca es neutro ya que el sistema le añade significación –o surplus of meaning-, lo cual predispondría al organismo a “escoger los estímulos del mundo a los cuales será sensible y en qué momento serán importantes para él” (p.7). El sistema enactivo de Varela se asemeja al Dasein de Heidegger en el aspecto en que ambos se encuentran arrojados a la experiencia o al medio ambiente y solo mediante un proceso negativo de contraposición y discriminación se dotará de sentido la experiencia del sujeto.

Sentido entonces respondería al mundo de significaciones añadidas que otorga organismo –en este caso sujeto- respecto de su medio ambiente.

Acercarse a esto a la clínica permite observar al sujeto en relación consigo mismo como sistema y en relación con el medio ambiente y su mundo.

Personaje Terapéutico: En el marco de la recopilación y edición del libro “Formación en y para una Psicología Clínica” (2010); Felipe Gálvez Sánchez trabaja la idea del carácter deformador y deconstructivo del proceso formativo tanto para el formador como para el formado. Haciendo mano de la disciplina teatral, artística y literaria propone la creación de personajes terapéuticos en el desarrollo de terapeutas en formación. Fundamentando un contexto posmoderno que conceptualiza al sujeto como *siendo* por sobre *es*, el personaje parece adecuarse

más a la movilidad y devenir que es el entrenamiento en terapia, en este proceso se podría dar cuenta de un transcurso que lleva a cabo el formando, donde a través de la práctica va generando diversos personajes en su rol de psicoterapeuta, siendo cada vez más propios, más personales y que devendrían en la conformación de *ser* esa persona –ya no personaje– en su dimensión de terapeuta. Es una invitación a pensarse, tanto para formador como formando, desde 4 principales categorizaciones:

Contexto: Importante observar el contexto en el que se trabajará, dado que no existe personaje por sí solo.

Meta: Como invitación a preguntarse cuál es el sentido de realizar y desarrollarse en psicoterapia; satisfacciones y motivaciones.

Postura/Opinión: Esto es postura frente a la situación que es participe y conocimiento de su factor político.

Evolución: Cómo la importancia de observar ciclos, etapas, cambios al que se ve sometido el personaje. (Gálvez, 2010: 109-110).

En este sentido el personaje ha de ser inventado durante el proceso de formación, y quien esté en la posición de formando tiene la responsabilidad de de “construir(se) un personaje que sea acorde a las necesidades de su contexto y que se pueda conjugar con aquellas características que la persona cree tener, principalmente centrado en sus recursos y no en sus carencias” (Gálvez, 2010: 105-106).

Este proceso de crear/se cómo personaje terapéutico, que conlleva una constante deformación y deconstrucción se posiciona desde una óptica negativa; primero por la idea de deconstrucción que implica inherentemente el observar/se desde sus premisas fundamentales para conocerse y de ahí potenciar sus recursos como terapeuta; segundo porque como personaje que está *siendo* y que es creado de manera consciente, deja algo de su *persona* protegido por el velo; y por último, porque la idea de un personaje desde sus consideraciones artísticas y teatrales se posiciona como un elemento estético de una seducción potente, el personaje como

máscara juega con lo oculto y con la especulación, en ese sentido, tanto como el formador como el formando se verían seducidos en esta creación.

Conclusión y consideraciones finales

Este proceso, el cual pretendió realizar un viaje desde lo macro a lo micro, se pudo observar cómo ciertos mecanismos de verdad y poder influyen en la experiencia del sujeto estando en sociedad; a pesar de que esto podría parecer muy lejano a la terapia, se reveló las tensiones que la hegemonía psicopolítica positiva podría generar en el sujeto mediante su coacción. Una vez realizado esto, surge la necesidad ética de pensar en una resistencia y posible repuesta a la supuesta hegemonía, lo que invitó a pensar en negatividad como contraposición a la positividad –dispositivo psicopolítico por excelencia–.

El concepto de negatividad –entendido desde la construcción realizada en este trabajo– demostró estar presente de manera inherente en la experiencia del sujeto, pero, hacía falta aún contrastarla con los dispositivos positivos.

Solo una vez que se realiza esta tensión, y entendiendo la necesidad de comprender los mecanismos de coacción positivos y su importancia terapéutica, es que se procedió a, primero observar el rol político de la terapia comprendiendo por qué esta problemática atinge a la psicología. Para luego observar el espacio de la negatividad en la terapia sistémica.

Como consideración final, cabe destacar que, los conceptos negativos tratados aquí, pueden servir como valiosas técnicas en el quehacer terapéutico; donde el terapeuta puede consolidar el espacio de terapia como un espacio donde surja la posibilidad, el disenso; la resistencia. En este sentido, el terapeuta deberá adoptar una posición seductora que invite al consultante a la relación; relación donde se enmarca la *libertad* de conectar con un otro, para emprender un viaje que, si bien, puede estar expuesto a la negación de los patrones que aquejan al consultante y al luto y dolor que esto significa, permitirán que emerja lo que estaba subyugado.

Bibliografía

- Acevedo Guerra, J. (2017). *Heidegger y la época técnica*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Agamben, G. (2011). *Qué es un dispositivo*. *Sociológica*, año 26, número 73, pp. 249-264.
- Baudrillard, J. (1981). *De la seducción*. Barcelona, España: Ediciones Cátedra.
- Baudrillard, J. (1991). *Las estrategias fatales*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Baudrillard, J. (2002). *Contraseñas*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Bertrando, P. y Toffanetti, D. (2004). *Historia de la Terapia Familiar*. Barcelona, España: Paidós.
- Bertrando, P. (2011). *El Diálogo que Conmueve y Transforma: el terapeuta dialógico*. Barcelona, España: Pax.
- Biacardi, M. (2006). *Imposibilidad y necesidad de una terapia "batesoniana"*. Recuperado de de: <http://eqtasis.cl/wp-content/uploads/2018/03/Bianciardi-Marco-Imposibilidad-y-necesidad-de-una-terapia-batesoniana.pdf>.
- Biancardi, M. (2010). *Evolución del pensamiento sistémico y práctica clínica*. *Rivista Italiana di Studi Sistemici*, 2, 191-202.
- Boscolo L., Bertrando P., y Gálvez Sánchez, F. (2011) *La terapia sistémica de Milán*:

Historiografía, actualizaciones y traducciones. En Roizblatt, A. *Terapia familiar y de pareja*. Santiago, Chile: Universidad de Chile.

Calventus, J. (2000). *Acerca de la relación entre el fundamento epistemológico y el enfoque metodológico en la investigación social: La controversia cualitativo vs cuantitativo*. *Revista de Ciencias Sociales*, 1(2), 7-16.

Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad: Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.

Cecchin, G. (1989). Nueva visita a la hipotetización, la circularidad y la neutralidad: una invitación a la curiosidad. En *Sistemas Familiares*, 5(1), pp. 9-27.

Cecchin, G., Lane, G., Ray, W. (2011). *Irreverencia: una estrategia de supervivencia para terapeutas*. Madrid, España: Paidós

Esposito, R. (2006). *Bíos, Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Esposito, R. (2003). *Communitas: Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Foucault, M. (1980). *El ojo del poder*. Barcelona, España: La Piqueta.

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Gadamer, H. G. (2005). *Verdad y método*. Salamancam España: Sígueme.

Gálvez Sánchez, F. (2010). La construcción de personajes terapéuticos: propuestas para una formación en psicoterapia observante de la posmodernidad. En Gálvez Sánchez, F (ed). *Formación en y para una Psicología Clínica*. (pp. 91-112). Santiago, Chile: Universidad de Chile.

Gerstle, V. (2014) *Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica: Hacia una reflexión de la relación y la constitución subjetiva en la Terceridad Sistémica* (tesis de maestría). Universidad de Chile, Santiago: Chile.

Guzmán, L. (2012). *Totalidad y negatividad en la Ciencia de la lógica de Hegel*. Signos filosóficos, 14(27), 71-88.

Han, B-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2014). *En el enjambre*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2014). *La agonía del eros*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2014). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2015). *El aroma del tiempo: Un ensayo filosófico sobre el arte de*

demorarse. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2015). *Filosofía del budismo zen*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2015). *La salvación de lo bello*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2016). *Topología de la violencia*. Barcelona, España: Herder.

Han, B-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona, España: Herder.

Hegel, G. (2010). *Fenomenología del espíritu*. Madrid, España: Abada Ediciones.

Heidegger, M. (2015). *Ser y tiempo*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

Heidegger, M. (2007). *Hegel*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.

Maturana, H., Varela, F. (1980). *Autopoiesis and Cognition: The Realization of the Living*: Editorial Universitaria. Boston, United States: Springer.

Morales, R. (2016). *Porno producción neoliberal y crisis de la seducción*. Recuperado de: https://docplayer.es/20209451-Doctorado-en-filosofia-moral-y-politica-curso-la-relacion-ser-humano-mundo-vista-desde-la-seducion-profesor_cristobal-holzapfel-ossa.html.

Rancière, J. (2006). *Política, policía, democracia*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Salinas, A. (2014). *La semántica biopolítica. Foucault y sus recepciones*. Viña del Mar, Chile: Cenaltes.

Selvini Palazzoli, M., Boscolo, L., Cecchin, G., y Prata, G. (1978). *Hipotetización*,

circularidad y neutralidad. Tres guías para la conducción de una sesión.
Family Process. 19: 73-85.

Pakman, M. (2011). *Palabras que permanecen, palabras por venir: Micropolítica y poética en psicoterapia.* Barcelona, España:GEDISA.

Zamorano, C. Morales, R., y Besoain, C. (2013). *Bosquejo historiográfico para un movimiento sistémico de tercer orden.* Congreso de psicología teórica 2013, Santiago, Chile.

Zamorano, C. y Cuevas, P. (2014.) *Consideraciones conceptuales en Francisco Varela para una psicoterapia relacional del sentido.*